# 11

## Un verdadero Krupp

El examen que hizo Gustav de los papeles de Alfred fue mucho más profundo que el que llevó a cabo Fritz, y de ello sacó en conclusión que uno de los secretos del anciano había sido su olfato para prever las situaciones aparatosas. Si bien Gustav carecía de talento teatral, al menos podía preparar un escenario adecuado. Essen iba acercándose a la fecha del centenario del nacimiento del Gran Krupp, y los nuevos Krupp proyectaron celebrar este acontecimiento con gran solemnidad. En los anuncios se habló del centenario de la firma, pero no era así. La fundación de la empresa Fried. Krupp había tenido lugar en 1811, por el desafortunado bisabuelo de Bertha. Sin embargo, Gustav escogió el 1912, en lugar del 1911, para conmemorar la fecha, en primer lugar por la admiración que sentía por Alfred, y luego porque ese retraso le concedía un año más para consolidar su posición en la empresa (1).

En el papel, esta posición era inexpugnable. Con las acciones de Bertha en el bolsillo, Gustav tenía todos los triunfos en la mano, y además, gracias al kaiser hasta llevaba el nombre de la familia. Pero sin saberse cómo, el apodo que tenía de niño pasó al dominio público, y a sus espaldas le conocían como Taffy. Sus refinados modales eran comparados con el carácter positivo de sus colegas, los Schlotbarone: Thyssen, Stinnes, Klökner, Reusch, y Kirkdorf. Y lo peor de todo era que no podía ser el hombre que pretendía. Un chascarrillo popularizado en el Ruhr le señalaba como uno de los vástagos de Bertha: «Sólo que el médico tiró el niño y conservó la placenta.» Como hijo de su mujer, no podía soñar con salvar el obstáculo. Tendría que eludirlo (2).

Aquí debe ponerse de manifiesto su extraordinaria aplicación al trabajo. Nadie que viera a Gustav dedicado a sus tareas, podía decir que las consideraba como una sinecura. Se nombró a sí mismo espía principal de la compañía, y husmeó a su alrededor para comprobar si todo el mundo rendía a Krupp según lo que éste les pagaba. Unas de sus costumbres, que causó muchos cambios entre el personal de teléfonos, era cronometrar sus llamadas de larga distancia, para, en el momento de cortar la comunicación, comprobar si la cifra de la operadora de la compañía telefónica coincidía con la que él tenía. Al terminar la jornada exigía una relación completa por parte de su chofer, su ayuda de cámara y su secretaria, fräulein Kröne. Quería saber de qué forma había empleado

el día cada uno de ellos. También deseaba conocer exactamente el dinero que habían desembolsado —tanto el dinero de él como el de ellos, pues no hacía diferencias a este respecto—, y lo que habían comprado. A eso se reducía su conversación con los subordinados. Jamás tenía para ellos una palabra amable; ni siquiera comentaba el estado del tiempo, ni les deseó nunca felices Navidades. (La secretaria consideraba especialmente abrumadoras esas sesiones. Ahora es una dama muy anciana que vive retirada, y que no se siente capaz de hablar del asunto. El sólo hecho de recordarlo, según explica, la pone «muy nerviosa».) (3).

A diferencia de Alfred Krupp, Gustav Krupp no podía imponer su voluntariosa personalidad directamente a los empleados de la firma, ya que ahora éstos eran un número demasiado crecido. Para la mayor parte de ellos fue un personaje distante. Extrajo sus ideas del Generalregulativ, y así como los sueldos de los trabajadores aumentaron considerablemente, las exigencias de la empresa crecieron en proporción. Los treinta mil Kruppianer de las colonias obreras ocupaban las mejores moradas de trabajadores del Ruhr. A cambio de su alojamiento, accedían a renunciar a los sindicatos y al SPD, y a sufrir una supervisión de inspectores uniformados, que estaban facultados para entrar en sus casas a cualquier hora del día o de la noche «para comprobar si se observaban estrictamente los reglamentos concernientes a la conducta y forma de vida». Un periodista norteamericano visitó la ciudad e informó a su director acerca de «los fornidos hijos de Vulcano». Comparó las «lujosas» casitas de Krupp con los desastrados hogares de Packingtown Stockyard, en Chicago. Pero, según el admirado periodista confesaba al final, sólo había un defecto: «los que trabajan para Krupp deben sacrificar la libertad política... A todos los fines prácticos, la gente de Essen es propiedad, en cuerpo y alma, de los Krupp» (4).

De haber leído este despacho, el nuevo Krupp probablemente lo hubiese aprobado, aunque él era bastante menos explícito al dirigirse a sus trabajadores. Según Gustav explicó más tarde, les decía que se consideraba a sí mismo como «el depositario de una heredad obligatoria». Al llegar junto a ellos se dio cuenta de que «estaban acostumbrados a ver en la familia Krupp, que yo ahora integro con mi mujer, no sólo a los patronos, sino también a unos destacados compañeros de tarea. Esto me hacía sentir orgulloso y modesto al mismo tiempo». Luego añadía líricamente: «El arbolillo que una vez plantó Alfred Krupp y fue cuidado con cariño por Friedrich Alfred Krupp —sin olvidar a su esposa y suegra mía, Margarethe Krupp—, ese arbolillo de lealtad y mutua confianza, se ha convertido entretanto en un árbol formidable cuyas ramas se extienden a gran distancia. Me he colocado bajo esa sombra protectora, y he aprendido que un siglo de la tradición de Krupp ha rendido ya fruto prolífico.» (5).

Algunas ramas del árbol se hallaban tan lejos que nadie del Ruhr las había visto jamás. Entre 1906, cuando se convirtió en el presidente de la empresa y 1909, en que asumió los plenos poderes de su puesto, Gustav se enteró lleno de asombro de que, entre otras cosas, la firma era propietaria de gran parte de la industria del metal en Australia, poseía derechos de concesión de las ricas arenas de monacita en Travancore (India), y se había convertido en la única propietaria de las extensas minas de níquel de Nueva Caledonia, por intermedio de una compañía títere francesa, la Société des Mines Nickélifères. Mediante monopolios y acuerdos verbales, las reservas de Friedr. Krupp habían aumentado en todos los países industriales. Aunque Bertha no lo sabía, su Finanzrat había invertido un millón de marcos del dinero de ella, en acciones de firmas británicas de armas —de eso se ocupó Gustav en Londres, cuando

no estaba posando para el pintor—, y Bertha y la firma Schneider poseían una parte tan considerable del Skoda Werke austrohúngaro, como los mismos austríacos (6).

Sólo en Essen, Krupp era responsable de un grupo de ochenta amplias fábricas, que constituían una enorme ciudad dentro de la capital, con su propia fuerza policíaca, su departamento de bomberos y sus reglamentos de tránsito. Pero los kilómetros y kilómetros de tiznados cobertizos que se extendían en todas direcciones desde la antigua Gusstahlfabrik, oscurecían el papel más considerable de Fried. Krupp como compañía de accionistas. Essen era sólo la parte visible del gran témpano flotante. En el oeste y el norte de Alemania, la *Muttergesellschaft* era responsable de otras ocho gigantescas plantas de acero (sólo Rheinhausen albergaba seis altos hornos enormes), así como del Germaniawerft, el astillero de Kiel; las fundiciones, minas de carbón y de hierro, y las canteras en sitios tan alejados como Silesia; y de los tres polígonos de pruebas de Meppen, Dülmen y Tangerhutte, cada uno de los cuales estaba mejor acondicionado que cualquier polígono estatal del mundo. Anualmente las posesiones de Bertha fuera de Essen producían 2.000.000 de toneladas de mineral de hierro, y 800.000 de lingotes de hierro. El primer informe anual de Gustav puso de manifiesto que se habían disparado en los polígonos 48.880 granadas y 25.131 balas de fusil, es decir, lo suficiente como para una guerra balcánica importante. Los compañeros de directorio de Gustav sólo hablaban con superlativos. *Die Firma,* se jactaban, tenía *«das grösste Vermögen, die höchsten Dividende, den bedeutendsten Konzern, die gefährlichste Kanone»* (la mayor fortuna, los dividendos más elevados, la mayor empresa comercial, el cañón más formidable), y el caso es que tenían razón (7).

¿Sería capaz Gustav de mejorar aquella situación? ¿Podría obsequiar al oscuro espectro del *Grosse Krupp* con un regalo digno de él? Podía hacerlo, y lo hizo. La firma Krupp era enorme; por lo tanto, había que hacerla aún más grande. En primer lugar, se necesitaba un símbolo. Villa Hügel era un lugar apropiado para vivir, o mejor, lo sería una vez que Gustav volviera a decorar el castillo recubriendo las paredes con maderas oscuras y atiborrando las habitaciones con pesados muebles de la época de Guillermo. Pero, ¿acaso no había dicho Alfred que el trabajo era su plegaria? Gustav resolvió que el cuartel general de la firma debía ser tan imponente como el castillo. Durante sus tres años como presidente, Gustav supervisó la construcción de la ciudadela del trabajo, que él mismo había diseñado también. El *Hauptverwaltungsgebäude,* o edificio de la administración principal, como se le conocía, es la segunda construcción, en cuanto a fama, de los dominios de Krupp. También puede ser considerado como el edificio de oficinas más feo de toda Europa. Pesado, con vulgares adornos en forma de almenas, se construyó con una piedra porosa que rápidamente absorbió el hollín, lo que le dio pronto el aspecto de un enorme montón de escorias. Un pequeño mirador, adornado con los tres anillos de la firma, dominaba la calle desde el segundo piso. Esa era la oficina de Krupp. De haber mirado Gustav al exterior, cosa que nunca hacía, naturalmente, hubiera podido ver la atónita expresión de los que, al llegar, contemplaban el edificio por vez primera (8).

Apoltronado en aquella construcción de pesadilla, con su olor a mazmorra, Krupp se dedicó a dar las órdenes pertinentes para la expansión de la firma. Tres campos de tiro no eran suficientes; él quería un cuarto polígono. Rheinhausen necesitaba más altos hornos. Al estudiar los informes de la guerra ruso-japonesa, el conflicto más reciente entre grandes potencias, Gustav hizo notar que el fuego de granadas había impulsado a la construcción de trincheras amparadas por alambradas de espino.

Con impecable lógica llegó a la conclusión de que en cualquier lucha futura el alambre de espino tendría una gran demanda. Por consiguiente, en 1911 Gustav compró las Fábricas de Alambres Hamm, las mayores de Alemania, que estaban situadas en el extremo nordeste del Ruhr. (Al cabo de un año, la primera contienda balcánica confirmó sus presunciones.) Los industriales de todo el mundo habían adoptado la patente de Rudolf Diesel. Si Kiel deseaba producir la flota de submarinos más poderosa del mundo, Krupp debía convertirse en el mayor fabricante de motores Diesel, y así se hizo. El acero inoxidable fue el paso siguiente. Insistió en que debía tener una patente sobre eso, asimismo, y en 1912 la consiguió. Todos estos proyectos exigían tremendas inversiones de capital. Sin vacilar, hizo emisiones públicas de 50 millones de marcos, y sin dudarlo la gente respondió con su dinero. *Die höchsten Dividende* se hizo más crecido con cada año que pasaba. En 1911 los intereses sobre las inversiones de Bertha eran del 10 por ciento; en 1912 fueron del 12 por ciento, y en 1913 iban a ser del 14 por ciento; es decir, una cifra no igualada hasta entonces en Alemania. El *Jahrbuch der Millionäre* informaba que la persona que ocupaba el tercer lugar del Reich, en cuanto a fortuna personal, era el barón Von Goldschmidt-Rothschild, yerno del último descendiente varón, en Alemania, de la empresa bancaria de Francfort. Goldschmidt-Rothschild poseía 163 millones de marcos. El príncipe Henkel von Donnersmark era el segundo, con 254 millones, y Bertha Krupp, que sumaba 283 millones, era la primera. Sus ingresos anuales excedían de los seis millones de dólares americanos. Los que invertían en valores de Krupp podían sentirse confiados, ya que el mercado de las armas iba haciéndose más amplio con cada año que transcurría (9).

El Centenario de Krupp comenzó a celebrarse a comienzos del verano de 1912, con la distribución de 14 millones de marcos entre los trabajadores de la empresa; luego aumentó el despilfarro. Fue equivalente al Jubileo de Diamante de la reina Victoria, en 1897; una orgía de gastos, de fanatismo, de autofelicitaciones, y de brumosa nostalgia. El aniversario, escribió *Nation*, se estaba celebrando en Alemania «como si (Krupp) fuese una rama del Gobierno, lo que era así en cierto modo». Los periódicos dedicaron millares de artículos al paralelo existente entre la familia y el *Volk*. Las revistas explicaron cómo el auge del imperio industrial de Krupp estaba indisolublemente ligado al del Reich. En los artículos de fondo se recordó a los lectores que un siglo antes, cuando Alfred vino al mundo, Alemania comenzaba a sacudirse el yugo napoleónico, y sentía ya los estremecimientos que culminarían en Versalles, en 1871. En las plazas de todos los villorrios, los Bürgermeister se colocaron junto a la estatua de la victoria en la guerra franco-prusiana, para saludar a la empresa que, según las palabras de uno de ellos, «es hoy, como lo ha sido en los decenios pasados, el mayor fabricante de materiales bélicos de todo el mundo» (10).

En Essen las celebraciones se planearon para tres días. Guillermo llegó desde Berlín vistiendo el uniforme del Más Alto Guerrero, *des allerhöchsten Kriegsherrn,* con el que gustaba aparecer en aquellos días. Le acompañaban todos los príncipes de Prusia, el canciller Von Bethmann-Hollweg, los jefes del Gobierno del kaiser, y casi todos los generales y almirantes del imperio. Un notable cuadro al óleo que se halla en los archivos familiares, muestra a todos estos dignatarios reunidos en el nuevo salón de recepciones del Hauptverwaltungsgebäude, mientras Gustav les dirige la palabra. Su figura de maniquí de cera se alza entre un mar de follaje. A su derecha se halla el Generalstab, y a su izquierda, los

discípulos de Tirpitz, vestidos todos de azul y oro. El Más Alto observa al orador desde un sillón situado sobre una llamativa alfombra, enfrente de Gustav. En torno al emperador hay tres damas con los enormes sombreros llenos de flores de la época. Son la kaiserin, Marga y Bertha, y detrás de ellas se sientan los dirigentes del Gobierno civil. Todos parecen estar soñando despiertos. Guillermo, en cambio, tiene gesto impaciente, bien porque no puede aguantar la soporífera prosa de Gustav, o porque está deseando endilgar su fogosa alocución a los presentes (11).

El Más Alto rara vez aburría a su auditorio. Haciéndose eco de los fanáticos artículos de fondo de los diarios, comenzó por recordar que el nacimiento de la Gusstahlfabrik coincidía con el principio del movimiento nacionalista germano, «que al año siguiente, en la Batalla de las Naciones, de Leipzig *(Völkerschlacht)*, iba a dejar al país libre de opresores». Desde entonces, prosiguió diciendo, «el cañón de Krupp ha tronado en los campos de batalla donde la unidad germana ha luchado y vencido; el cañón de Krupp es la energía del ejército y de la marina alemana, en la actualidad. Los buques construidos en los astilleros de Krupp pasean la bandera germana por todos los mares. El acero de Krupp protege nuestros navíos y nuestras fortalezas». Casi como un inciso, manifiesta: «Pero la empresa Krupp no sólo ha salido triunfante en este sentido. También ha sido la primera que en Alemania reconoció los nuevos problemas sociales, y la primera que ha tratado de resolverlos, conduciendo así a la legislación social.» Luego, alzando su voz adenóidea, exhortó a los presentes a que se mantuvieran *«treu den Traditionen des Hauses, zur Ehre des Namens Krupp, zum Ruhme unserer Industrie und zum Wohle des deutschen Vaterlandes»*. Después, acariciándose las rizadas patillas con dos movimientos de su mano buena, la derecha, exclamó: *«Das Haus und die Firma Krupp: hurra, hurra, hurra!»* La audiencia se puso en pie, como impulsados por un resorte, y respondió: *«Heil Kaiser und Reich!»* (12).

Terminado esto, todo el mundo fue obsequiado con un ejemplar de *Krupp 1812-1912*, un abultado libro en que se glorificaban las realizaciones de la casa y la firma. Aunque el segundo día fue dedicado a exhibiciones, demostraciones y banquetes pantagruélicos en un pabellón provisional que se construyó para la ocasión en la parte sur de Hügel, mirando hacia las sucias aguas del río Ruhr, en cuanto les era posible, Gustav y Bertha desaparecían disimuladamente de la presencia del kaiser y se ocultaban en el bosque. Estaban ensayando una representación. Gustav había decidido que las fiestas del tercer día culminaran con un torneo medieval, pero no algo fingido, sino realista. El espectáculo se titulaba *«Hie, Sankt Barbara! Hie, Sankt Georg!»*, por los santos patronos de la artillería y la caballería. Los que intervinieran en la justa llevarían lanzas capaces de infligir heridas. Durante todo el mes anterior una firma de Düsseldorf se aplicó a confeccionar disfraces para los participantes en la representación. En cuanto a Gustav, se colocó una refulgente armadura hecha a su medida con acero de alto contenido de carbono, producto de Krupp que ninguna de las armas ofensivas antagonistas podría penetrar. Bertha se vistió como dama de la Edad Media, y los dirigentes de Krupp serían los nobles vasallos, y unos cuantos Kruppianer elegidos, los siervos (13).

Aunque no era una época que se caracterizase por lo estético de sus manifestaciones, hubo algo de heroico en el mal gusto de aquella representación. Ernst Haux leyó el guión de la obra y corrió aterrado hasta Gustav. Los torneos medievales eran algo anacrónico en la tradición de los Krupp, manifestó mesándose la hirsuta y corta barba. La última justa registrada en Alemania se celebró durante el reinado de Maximiliano I, que murió en 1519, unos setenta años antes de que Arndt Krupp

apareciese en Essen. Además, hasta las más tempranas generaciones de la familia eran intrascendentes, comparadas con la gloria que Alemania estaba alcanzando ahora. Las fundiciones, laminadoras y chimeneas, eran símbolos mucho más adecuados de esa gloria. Los guerreros ya no luchaban con picas, alabardas ni mandobles. De hacerlo, Fried. Krupp iría al fracaso. Gustav comprendió aquello, pero era demasiado tarde para echarse atrás, ya que la noticia había llegado al kaiser, el cual leyó con deleite el prólogo de Hugenberg: «Los ojos de Vuestra Alteza se posan una vez más en nosotros, y con orgullo siguen el victorioso curso de nuestra empresa industrial... A las virtudes de nuestro pueblo, que deben conservarse si queremos que se mantenga joven y enérgico, pertenecen también el antiguo valor germánico y el amor por las armas» *(die alte germannische Tapferkeit und Waffenliebe.)* (14).

A S. M. le sentaban admirablemente aquellas caracterizaciones medievales, por lo que se había marchado a su apartamento de Hügel para elegir su uniforme más llamativo, el yelmo más refulgente, la espada más afilada, y la daga de aspecto más maligno. Hasta el mismo Haux convino en que ya no era posible suspender el torneo, por lo que se dio orden a las ambulancias del hospital de Krupp para que se dispusieran a hacerse cargo de las bajas.

Al día siguiente el Más Alto subió al palco imperial armado hasta los dientes. Bertha tomó asiento entre él y el canciller, y la kaiserin se colocó al lado de Marga. En segunda fila se hallaban Tirpitz; el ministro de la Guerra, Josias von Heeringen; Rudolf von Valentini, jefe de la Casa Civil; Rheinhold Sydow, ministro de Finanzas, y Klemens Delbrück, un dirigente del Reichstag. El Offizierskorps ocupó el resto de las tribunas. Se reservaron asientos preferentes para los representantes de la naciones clientes, pero a los demás se les dejó que se acomodaran a su gusto, y lo hicieron después de un conato de lucha libre en que los americanos y australianos quedaron situados detrás de unos postes, más allá del extremo izquierdo del campo. El guión que Gustav hizo para la representación, fue distribuido entre los espectadores, y una copia del mismo se encuentra también en los archivos de la familia, como tributo a un hombre y a su talento. Los versos inciales son los siguientes:

*Ihre Kaiserliche Hoheit, lang lebe, Ihr Reich!*
*Dies ist der Turnierplatz, liebe Bertha,*
*auf dem ich vor Dir und dem Kaiser reiten werde:*
*Ich bitte nun um deinen Segen, Liebste.*
*(Sie gibt ihm ihr Tuch; er küsst ihre Hand.)*
*Danke!*

¡Vuestra Alteza, larga vida a vuestro imperio!
Este es el lugar de justas, querida Bertha,
En que cabalgaré ante ti y el kaiser:
Ahora pido tu bendición, querida.
(Ella le entrega su pañuelo; él le besa la mano.)
¡Gracias! (15).

Luego Gustav cabalgó «de un lado para otro con el niño». El niño era Alfried, que no tenía aún cinco años, y que iba a horcajadas en un pequeño pony de pelo oscuro. Una fotografía tomada durante los ensayos le muestra así, vestido de paje, tocado con una gorrita de hojas, y con expresión preocupada. Bertha mira solícita hacia atrás, desde el caballo que está junto al del niño. De su amplio sombrero cuelgan abundantes plumas. Parece algo así como una película de *El Príncipe Estudiante*

hecha por un aficionado. Gustav ignora a su mujer y a su hijo. Con armadura completa y luciendo un enorme espadón, cabalga sobre un no menos colosal calafrén. Da la impresión de que va a caerse de la silla de un momento a otro, y sabiéndolo, está como petrificado.

Pero Gustav no se cayó, porque no llegó a combatir. Justamente cuando una cuadrilla de obreros iba a colocarle de nuevo en su silla de montar, un mensajero llegó jadeando con un despacho de herr Von Valentini. Durante veinte años los ingenieros habían estado advirtiendo a los administradores de las minas carboníferas del Ruhr de que debían combatir el polvo con humedecimientos periódicos. La silicosis, enfermedad pulmonar que los mineros suelen contraer en su trabajo, era alarmantemente alta, y además, había gran peligro de que se produjeran incendios debidos al grisú. Ahora acababa de ocurrir lo inevitable. El pozo Lothringen hizo explosión cerca de Bochum, y ciento diez Kumpels habían perecido. Se produjo un movimiento de zozobra en los graderíos. En tales circunstancias, manifestaron los consejeros de Guillermo, que proseguir con la diversión podía ser desfavorablemente acogido por los súbditos de S. M. El *Allerhöchsteselber* se mostró de acuerdo. De mala gana descendió del palco imperial, para ir a guardar sus belicosos arreos. Bertha desapareció discretamente, unos maestros mecánicos desatornillaron las placas de la armadura de Gustav, y el pequeño Alfried fue entregado a su preceptora, Marga Brandt (16).

De no haberse suspendido la justa debido al accidente de la mina, Alfried habría demostrado lo que era capaz de hacer. Entrenado para montar igual que si fuera un príncipe, recibía cuarenta y cinco minutos diarios de enseñanza que le proporcionaba un maestro de equitación, el cual, como simple plebeyo, trotaba en su montura medio cuerpo detrás del caballo de su alumno, diciéndole respetuosamente: «¡Levante la cabeza, amo Alfried! ¡Baje los pies, amo Alfried!» El segundo hijo de Bertha murió pocos meses después de nacer, de modo que a su edad el pequeño Alfried se beneficiaba de la exclusiva atención del profesor, y era capaz de manejar su pony más diestramente de lo que podía hacerlo Gustav con su gran semental. Y tampoco los imponentes uniformes de las tribunas podían impresionar al joven heredero. Desde que era capaz de recordar (e incluso mucho antes), había estado sometido a una atención especial. En el Ruhr se le mimaba más que al Kronprinz. El Vorstand contestó a la nota de Gustav anunciando el nacimiento del niño con un memorándum, especie de plegaria, en el que expresaban la esperanza, en nombre de los cincuenta mil Kruppianer, de que sobre el nuevo heredero de Krupp recayese la «bendición de Dios» *(Segen Gottes)*.

El bautizo de Alfried fue todo un acontecimiento nacional. Se imprimieron programas, se reservaron asientos en el salón del primer piso, y asistieron todos los dignatarios que habían estado presentes en la boda de Bertha —y que estuvieron más tarde en el abortado festival de Gustav—, siendo el propio kaiser el padrino del pequeño. En los programas se explicaba el significado de cada uno de los nombres. Alfried, por su ilustre bisabuelo; Félix, por el hermano de Margarethe, y Alwyn por el hermano de Gustav. El propio padre del niño redactó un horario para la ceremonia, lo que aseguraba que Alfried Félix Alwyn von Bohlen und Halbach —que algún día iba a ser Krupp von Bohlen und Halbach—, sería bautizado tan diligentemente como había nacido. Por consiguiente, todas las noticias acerca del pequeño se convirtieron en hechos de interés para todo el Reich. La decisión de Fritz de incorporar un ancla a su escudo de armas fue interpretada como un buen presagio. La marina alemana crecería y lograría cada vez más poder, hasta que Britania fuera expulsada de los mares. Cuando Bertha se dirigía a la parte céntrica de

Essen, todos los ojos se posaban en el niño que llevaba junto a ella. Las observadoras *Hausfrauen* se daban cuenta de que el futuro de sus propios hijos dependería un día de aquel chiquillo (17).

Gracias a la pasión de Gustav por dejar constancia escrita de todo, existen innumerables datos acerca de los primeros años del niño que más tarde sería el Krupp más poderoso de la historia, el ídolo de los jóvenes alemanes en otro Reich más siniestro. La escrupulosa pluma del padre anotó que Alfried medía al nacer veintidós pulgadas y media. Su crecimiento iba a ser medido en cada cumpleaños siguiente hasta que, al alcanzar la mayoría de edad, su estatura excedió de un metro ochenta. A los doce meses el niño se sostenía de pie. Sus primeros libros fueron *Los Viajes de Gulliver* y las siguientes obras de Karl May, el Fenimore Cooper alemán: *Der Mahdi, Im Sudan,* y *Old Surehand II.* Pero una sola observación de Bertha resulta más reveladora que todos los datos consignados por Gustav. De todos sus hijos, escribió ella, Alfried era «el más formal». La adulación pública y las estadísticas privadas nada tienen que ver en ello. Su seriedad, su introspección y la temible soledad que iba a ser su mayor fuerza y su mayor debilidad, fueron las características de su crianza.

Más tarde, sus hermanos y hermanas recibieron una parte de esa misma disciplina, pero como podían aprender unos de otros, y como ninguno de ellos estaba destinado a heredar el nombre de Krupp, los padres les prestaban menos atención. Alfried, por el contrario, nunca se vio libre de esos cuidados. En cuanto tuvo edad suficiente para comprender la geografía del gran caserón que habitaba su familia, aprendió que el sótano era para los criados; que las estancias para ocasiones especiales se hallaban en la planta baja; que sus padres y el emperador tenían apartamentos en el primer piso, y que el segundo estaba dedicado en su mayor parte a salas y recibidores; que los niños, las ayas y las preceptoras vivían en el tercer piso, y que los invitados se alojaban en el cuarto. Pero eso no quería decir que el tercer piso fuera un refugio para él. En realidad Alfried no podía estar tranquilo en ningún lado. Desde que echó a andar, las doncellas y lacayos recibieron instrucciones para que informasen diariamente a Gustav acerca de las actividades del niño. Enseñado por profesores particulares, bajo un régimen establecido por su padre, Alfried llegó a hablar el francés correctamente antes de aprender el alemán. Eso le hacía un ser aparte, igual que en las demás actividades de su vida. Una docena de veces al día le decían que debía ser diferente, que nunca esperase llevar una vida corriente. La razón era siempre la misma: *Verantwortlichkeit,* es decir, responsabilidades. Tenía que convertirse en uno de los hombres con mayores responsabilidades en este mundo. Era su deber (18).

El deber, según le explicó Marga Brandt, cuando la representación medieval se vino abajo, exigía que se quitara el disfraz de paje y que olvidara el paseo a caballo delante del Más Alto. No podría cabalgar por el campo de justas con su padre. Tenía que vestir de nuevo la ropa corriente, y volver a sus libros. Eso era lo que el *verantwortlichkeit* le imponía. Después de todo, no había sido más que un juego, se dijo consolándose a sí mismo. Tal vez algún día tuviera ocasión de servir al Reich en una guerra de verdad.

La guerra fría —en aquellos días la llamaban «guerra seca»— contribuyó a aumentar la estrechez de mentalidad de Gustav. Con excepción del acero inoxidable y de algunos experimentos con acero Widia, de carburo de tungsteno, Krupp mostró escaso interés por las herramientas de

paz. El comercio internacional de las armas corría alocadamente hacia un precipicio, al que Krupp se iba acercando junto con Schneider, Skoda, Mitsui, Vickers y Armstrong, Putiloff (Rusia), Terni y Ansaldo (Italia), y Bethlehem y Du Pont (Norteamérica). Pero había una diferencia: Krupp iba a la cabeza. Y Berlín esperaba que no perdiera esa primacía. En repetidas ocasiones los diputados conservadores preguntaban en el Reichstag: «¿Va Alemania a la cabeza de la carrera de armamentos?» *(Ist Deutschland der Rüstungstreiber?)* Y Essen tenía la obligación de hacer que la respuesta fuera siempre *«Ja»*. Y siempre cumplió con este deber. En mayo de 1914, Karl Liebknecht, el jefe de los diputados socialdemócratas, resumió la situación diciendo: «Krupp es el más importante en la industria internacional de armamentos; preeminente en todos los renglones.» No hay duda de que algunas voces aisladas protestaron por aquella mortífera competencia. Liebknecht aludió sarcásticamente a aquella «sangrienta internacional de mercaderes de la muerte» *(blutige internationale Händler des Todes)*. Andrew Carnegie, al examinar los presupuestos de armas de las grandes potencias, confesó que estaba «gravemente preocupado»; en el otro extremo del espectro político, Nikolai Lenin escribió que Europa se había convertido en «un barril de pólvora» (19).

Veinte años más tarde, cuando se produjo la gran reacción contra la mentalidad guerrera, se convirtió en una moda el atribuirlo todo a la competencia entre los grandes mercaderes de armas. Cualquier movimiento agresivo de Francia se debía a la actuación de Schneider; cualquier desplante de los hijos del Sol Naciente, a los oficios de Mitsui. En la práctica, las rivalidades tenían un fondo más complicado que todo eso. Aparte de Krupp, virtualmente todas las grandes fábricas de armas se cotizaban en las bolsas del mundo, y mediante la polinización cruzada de inversiones, intercambios de patentes y monopolios combinados, no era raro que los intereses de todos coincidieran. Los gruñidos del kaiser durante la crisis sobre Marruecos, en 1911, han sido atribuidos con frecuencia a Gustav, deduciéndose erróneamente que Francia y Alemania estaban compitiendo por un privilegio comercial en aquella región, por lo que Guillermo había enviado el cañonero *Panther* con el fin de intimidar a los franceses. Seis años antes, cuando el emperador desembarcó en Tánger y exigió una política de puertas abiertas, se dijo que había sido impulsado por los directores de Marga Krupp, que estuvieron empleando a Marruecos como vertedero para los cañones anticuados, y que se hallaban alarmados ante la perspectiva de unas tarifas que podían favorecer a Schneider. Pero en la época de la incursión del *Panther* sobre Agadir la situación había cambiado. Marruecos ya no era para los fabricantes de acero una región atrayente como mercado, sino como fuente de minerales. Y aunque Wilhelmstrasse y el Quai d'Orsay seguían tratando de mover sus respectivos hilos políticos, Krupp y Schneider unieron sus reclamaciones, junto con Tyssen, en una Union des Mines que era un mero títere. Las firmas habían convenido en repartirse el hierro del sultán en tres porciones. Lo último que deseaban era una querella diplomática franco-germana. Pero surgió un inconveniente con Reinhard Mannesmann, un fabricante de hierro de Reimscheid, que había sido excluido del acuerdo. Mannesmann había pagado a los marroquíes un fuerte subsidio para que le cedieran concesiones mineras. Si el país se convertía en protectorado francés, lo perdería todo. En consecuencia, convenció a varios diputados del Reischtag de que estaba siendo víctima de un juego sucio, y el delirante Alldeutsche Verband hizo el resto. El cañonero se hizo a la mar, Gran Bretaña se unió a Francia, y el gesto de Guillermo fracasó. Marruecos pasó a manos de Francia, y Schneider,

ya sin necesidad de aliados, abandonó el monopolio. Los tres alemanes, Krupp, Thyssen y Mannesmann sólo tuvieron el recurso de poner mala cara (20).

Maniobras tan intrincadas como la anterior eran raras, sin embargo. En la mayor parte de los países atrasados, los vendedores de armas continuaron moviendo los hilos políticos con todo éxito. Una de las mayores victorias en la historia del juego sucio, fue cuando Krupp se apropió de un contrato con el Brasil, que este país estaba tramitando con Schneider. Al principio los alemanes no parecían tener probabilidades. Sus rivales poseían un cañón mucho mejor, la pieza del 75 francesa, y Krupp estaba al corriente de eso. Cuando Río de Janeiro estableció la fecha para las primeras pruebas, los cañones de tiro rápido de Essen ni siquiera habían llegado al Brasil. Los cañones franceses, en cambio, se hallaban albergados ya en unos almacenes brasileños del interior del país.

En la mañana de la demostración, el agente de Schneider recibió un alarmante mensaje del cuidador, en el que le informaba que el almacén había sido incendiado, y los cañones estaban inservibles. Una turba había rodeado el edificio, lanzando antorchas al techo. La batería de muestra no podía ser utilizada. Un telegrama frenético a Le Creusot hizo que mandaran un segundo envío, pero cuando el barco llegó al puerto brasileño donde los cañones debían ser transbordados a un vapor fluvial, el patrón de esta nave se negó a embarcar la carga alegando que las granadas de 75 mm eran peligrosas. Al día siguiente un periódico de Río de Janeiro informó con grandes titulares que tropas peruanas habían invadido el Estado brasileño de Amazonas. El corresponsal especial del diario —que tenía el poco latino nombre de Hauptmann von Restsoff— descubrió que el Perú estaba equipado con el cañón de Schneider. Luego advirtió que Brasil debía adquirir armas modernas inmediatamente. Esa misma noche hubo demostraciones hostiles frente a la legación francesa, lo que eliminó las discusiones sensatas, y al día siguiente llegó del Ruhr la noticia de que un parque de artillería de Krupp había sido embarcado hacia Brasil. Estas armas fueron compradas sin ser vistas siquiera. Cuando los cañones llegaron a puerto, una banda tocó el *Deutschland über Alles*, Von Restsoff se puso en posición de firmes, y el representante de Schneider se marchó iracundo (21).

A semejanza de cualquier otro establecimiento europeo similar, Gustav se hallaba preocupado por los Balcanes, aunque debido a una razón singular. Otros estaban preocupados por las guerras incesantes de esa región. A Krupp eso no le importaba. Es cierto que no le venían mal las escaramuzas, pero no estaba contento con la forma en que iban desarrollándose las cosas. Aunque cada uno de los ejércitos en liza poseía armamentos en parte de Sheffield, de Le Creusot y de Essen, en cuanto a la artillería pesada, cada país estaba influido por una fábrica de armas distinta. Así, los cañones griegos y búlgaros, por ejemplo, procedían de Schneider, al tiempo que la artillería otomana fue fundida en los talleres de Essen. Los cañones turcos llevaron las de perder, y en otoño de 1912 habían acabado prácticamente con la espléndida imagen que crearon en Sedán las armas de Krupp. Mientras se retiraban ante griegos, búlgaros y servios, las tropas del sultán fueron derrotadas en Kirk Kilissé, Kumanovo, Lulé Burgas y Monastir. Esto fue muy penoso para Gustav, y supuso para él un inmenso alivio cuando al iniciarse la Segunda Guerra Balcánica, Rumania se alineó al lado de Turquía. Los rumanos eran a un tiempo bravos luchadores y clientes de Krupp, por lo que, al derrotar a los búlgaros, provocaron el júbilo en el Hauptverwaltungsgebäude. Cada vez que un proyectil de Krupp daba en un buen blanco, Essen se aseguraba

de que el mundo lo supiera, del mismo modo que todo alemán que alcanzaba una nueva marca deportiva era recompensado debidamente (22).

Poco a poco los demás europeos advirtieron el nivel de soberbia que alcanzaba el espíritu tribal teutónico, y sacaron en conclusión que las fáciles victorias de 1870 se le habían subido a Berlín a la cabeza. Cuanto más pensaban las nuevas generaciones en esas batallas, más convencidas se sentían de que la raza alemana era superior, de que los soldados alemanes eran invencibles, y de que si cualquier antagonista se mostraba intratable, corría el peligro de ser arrollado, como lo fueran los enemigos de los padres de esos germanos. Esta belicosidad, que estaba representada por el kaiser, había llegado a ejercer una profunda influencia en las capitales vecinas. Nadie quedó inmune a ella. Gran Bretaña era la nación menos impresionable de todas, y no obstante, durante el primer decenio del siglo veinte los ingleses llegaron a convencerse de que al final tendrían que luchar contra los alemanes. En 1908 un aristócrata inglés declaró: «El peligro reside en que tenemos en Europa el competidor más formidable, en cuanto a número intelecto y educación, que hasta ahora hayamos podido enfrentar.» En Londres algunos hombres recorrían las calles tocados con Pickelhauben, a fin de crear un clima de alerta contra una posible invasión, al tiempo que una pieza teatral con el mismo tema, estuvo en escena durante año y medio (23).

Para los extranjeros, el Reich aparecía como un país monolítico, el kaiser resultaba arrogante, y sus oficiales eran enormemente agresivos. Y la única fundición de Essen parecía ser el arsenal de Alemania. Como la posición especial de Krupp en su patria era importante para la empresa, ésta no hizo nada por desvirtuar tal creencia. Sin embargo, ese concepto era erróneo. En 1911, la antigua Gusstahlfabrik vendió su cañón número cincuenta mil. De esta cantidad, más de la mitad habían ido a parar a naciones extranjeras, pues Krupp contaba con cincuenta y dos países clientes distribuidos por Europa, Sudamérica, Asia y Africa. Cuando el identificarse con la patria resultaba útil, la firma lo alentaba, desde luego. Los vendedores de Krupp daban informes de espionaje a los embajadores alemanes que tenían más cerca, y ello ocurría ya en 1903. A cambio de esto, como es natural, esperaban determinados favores. El embajador Maximilian von Brandt fue llamado desde Pekín por haber encontrado defectos a los cañones Krupp entregados a China, y el agente de Gustav en Constantinopla se albergó en una mansión situada al lado mismo de la Embajada germana. Pero la firma era realmente una institución internacional. Los vendedores, o como a Gustav le complacía llamarles, los «Plenipotenciarios de la firma de Krupp» *(Bevollmächtigte der Firma Krupp)*, eran por lo general ciudadanos de los Gobiernos con los que la empresa trataba, y en casi todos los casos, se trataba de hombres muy bien relacionados en los medios oficiales. El agente de Viena era amigo de los Rothschild; el de Nueva York era pariente de J. P. Morgan; el de Copenhague sería ministro danés de la Guerra más adelante; el de Bruselas era cuñado del ministro belga de la Guerra; el de Pekín era sobrino de Yuan Shih-kai, el jefe de Estado de hecho; y el de Roma, Mario Cresta, era presidente de la Cámara de Comercio. Por cierto que este último se encontró en una situación sumamente delicada durante la Guerra de Tripolitania, que se produjo como consecuencia de la segunda crisis de Marruecos. Italia, decidida a apoderarse de una parte del Norte de Africa, antes de que los franceses se quedaran con todo, envió una fuerza de desembarco para anexionarse Trípoli. Los turcos, mandados por Enver Bey, se retiraron luchando. En ese momento el signor Cresta pronunciaba un apasionado discurso exhortando a las nuevas legiones de Italia a luchar como las de César, cuando llegó la

noticia de que una de esas nuevas legiones había sido aniquilada poco antes por cincuenta cañones de Krupp (24).

Pero tales eran los riesgos que corrían los Bevollmächtigte, responsabilidades que asumía, en ese aspecto, el propio jefe de la firma. Del mismo modo que sus trabajadores votaban por el SPD y seguían firmemente leales a Krupp, así Gustav se daba maña para conjugar la fidelidad hacia su país, con los beneficios de su mujer. En una carta que dirigió a Von Valentini, Krupp escribió: «*Weder die Firma Krupp noch ihr Inhaber müssen sich in den Vordergrund der politischen Kämpfe schieben lassen*» (Ni la firma Krupp ni su propietario deben ser incluidos en pugnas políticas.) Esto carecía de sentido. Cuando se hacen negocios con cincuenta y dos Gobiernos extranjeros y se venden 24.000 cañones de campaña al Gobierno del propio país, no hay duda de que uno está totalmente metido en política. Y sin embargo, a Gustav, a semejanza de Alfred, le gustaba realizar ambos juegos, y habiéndose persuadido a sí mismo de que el conflicto entre su mercancía y su patriotismo era imposible, se aplicó a consumar cierto número de transacciones que claramente afectaban a la seguridad de su nación. El descubrir el secreto de las espoletas a Vickers no podía achacársele como responsabilidad. La última renovación del acuerdo había sido firmada en 1904, dos años antes de que él integrase la junta de la firma. Tampoco podían culparle de la cesión de una patente para uso de la artillería de Estados Unidos, cuyo empleo contribuyó luego a aumentar la rapidez de la artillería norteamericana en Saint-Michel y en el Argonne, lo que dio por resultado que las tropas del kaiser salieran vencidas. A semejanza del conde Von Bernstorff, Krupp jamás pensó que Washington y Berlín entrarían en guerra antes de que el joven Alfried cumpliera los diez años. En cambio, Gustav tenía muchas razones para sentir recelo de San Petersburgo. En 1907, Rusia, Francia e Inglaterra se habían unido para integrar el Triple Pacto. Los antagonistas eran las potencias que integraban la Triple Alianza: Austria, Italia y Alemania. A pesar de todo, Krupp no dejó una mano sin sobornar en un esfuerzo por anular a sus competidores, y se convirtió en el sostén de la moral de las tropas del zar, muy desanimadas después de las victorias japonesas. Cada uno de los cañones que Gustav enviaba al Este, contribuía a aumentar el círculo de acero que rodeaba al Reich, a pesar de lo cual mandó todas las armas que los rusos le compraron. Y les enviaba material valioso, ya que cuando las tropas de Hindenburg conquistaron las fortalezas del triángulo polaco, en 1914, advirtieron que se hallaban equipadas con los últimos obuses fabricados por Krupp (25).

Mucho antes de eso, Gustav demostró que pretendía mantener sus dobles obligaciones selladas en el compartimiento de su singular lógica, y que no dejaría que las relaciones internacionales del imperio perjudicaran sus negocios. En ocasiones parecía buscarse el choque con los militares. Así ocurrió en 1906, cuando el conde Ferdinand von Zeppelin comenzó a fabricar dirigibles para el Reich en Friedrichshafen. Tres años más tarde Krupp sorprendió a la Feria Internacional de Aviación de Francfort con una exhibición de cañones «antizeppelin» que fueron comprados inmediatamente por las tres potencias que más los necesitaban: Francia, Inglaterra y Rusia. Ese mismo año, Reginald McKenna, primer lord del Almirantazgo, provocó una sensación mayor aún en la Cámara de los Comunes. La carrera de acorazados entre Alemania y Gran Bretaña iba ya por su cuarto año, cuando McKenna informó al Parlamento de que los astilleros de Krupp, en Kiel, estaban dispuestos a suministrar a Inglaterra ocho buques de guerra al año. Esto no llegó a realizarse. Era demasiado, y por una vez se aliaron Tirpitz, Armstrong y Vickers. De todos modos, Krupp logró mantener los precios de los blin-

dajes navales, cobrando a Berlín el doble que a Washington. Karl Liebknecht leyó las cifras en el Reichstag, y Tirpitz admitió que eran correctas. El kaiser montó en cólera y pidió explicaciones a herr Rötger, director principal del Consejo de Krupp. La única respuesta que obtuvo el soberano, fue que Gustav y sus directores estaban actuando como ejecutores del testamento de Fritz *(Testamentsvollstrecker)*. La contestación fue tajante, y no hubo apelación posible contra ella (26).

En 1912, Krupp cruzó una línea que hubiera significado la ruina completa para cualquier otra compañía similar. Se obtuvieron pruebas evidentes de que los agentes de Essen habían sustraído más de un millar de documentos de los archivos del Ministerio de la Guerra. Varios Junker quedaron prendidos de los bigotes en el asunto de Krupp, y al mismo tiempo se descubrió que el dinero de Essen había fomentado ataques antigermanos en la Prensa francesa, a fin de poner alerta a Berlín e incrementar el negocio en Alemania. Ernst Haux fue el primer director del Hauptverwaltungsgebäude que se dio cuenta de que algo andaba mal. «Una mañana, a mediados de setiembre, Mühlon, uno de los contables, entró en mi oficina en estado de gran excitación —comenzó relatando—. Me informó de que Eccius, jefe de nuestra sección comercial del material de guerra, se hallaba en ese momento conferenciando con varios detectives y con un magistrado del Departamento de Investigación Criminal de Berlín. Estos habían venido a apoderarse de los informes secretos de nuestro representante berlinés, informes que se relacionaban principalmente con los llamados "rodillos granulados" *(Kornwalzer)*, nombre secreto que designaba los documentos confidenciales recibidos por Brandt, el secretario. El capitán Dreger, nuestro representante en Berlín, y el mismo Brandt, fueron detenidos. Sin embargo, Dreger fue puesto en libertad poco después.» (27).

Pero Brandt y el Kruppdirektor Eccius no fueron liberados y su proceso se convirtió en el punto álgido de lo que para Haux fue «*Der Krupp-Prozess 1912-1913*», en el «Asunto Kornwalzer», del SPD, y que el público llamó sencillamente el *Skandal*. Con cualquier nombre que se lo calificase, el asunto resultaba claro. El primer indicio de lo que ocurría llegó hasta Liebknecht —probablemente debido a que su hostilidad hacia el eje Berlín-Hügel era bien conocida—, en un sencillo sobre sin remitente. Dentro del sobre venían diecisiete hojas, encabezadas cada una con la palabra «Kornwalzer», y reseñando información secreta. No se logró hallar nunca al que había hecho el envío, y Liebknecht devolvió los documentos al ministro de la Guerra, Von Heeringen. A petición de éste, la policía comenzó a leer el correo que llegaba y salía del 19 de Voss-strasse, la oficina de Krupp en Berlín. Descubrieron así que Brandt pagaba sistemáticamente grandes sumas a hombres de uniforme. Ocho oficiales de la marina recibieron cincuenta mil marcos, y un oficial de la artillería del ejército percibió trece mil marcos. Los datos cedidos poseían gran valor, y comprendían detalles sobre todas las armas alemanas, estableciendo diseños y planes de guerra, y reproduciendo correspondencia con otras firmas de armamento, o relativa a ellas. Con esto, Krupp estaba en condiciones de manejar cuestiones claves militares. Todo movimiento efectuado por generales y almirantes era debidamente comunicado. También podía crearse un ambiente de temor a la guerra dejando filtrar algunas noticias apropiadas en París, y eso fue lo que sucedió. A petición de Heeringen la policía detuvo a sobornadores y sobornados simultáneamente, y llevó a cabo una redada en el 19 de Voss-strasse, donde tuvieron conocimiento de que setecientos documentos robados se encontraban en la caja de caudales que en Essen tenía un funcionario retirado de Krupp (28).

Las autoridades lo tenían todo: documentos, confesiones, recibos de las sumas entregadas como soborno, y a pesar de ello, durante siete meses no hicieron nada. Era imposible saber quién estaba tirando de las cuerdas, tras bastidores; pero resultaba claro que alguien lo estaba haciendo. En los periódicos no apareció una sola palabra al respecto, y poco después todos los detenidos fueron puestos en libertad, incluyendo a Brandt. Eso resultó demasiado para Liebknecht. El 18 de abril de 1913, el socialdemócrata se puso en pie para hablar en el Reichstag. Secamente admitió: «Es evidente que resulta imposible, sin aludir a Krupp, cantar todos esos himnos patrióticos que en honor de Alemania se acostumbran a entonar en las asociaciones de veteranos, de jóvenes alemanes, y otras entidades militares. El derrumbe del buen nombre de Krupp asestaría indudablemente un tremendo golpe a la marca de patriotismo que los alemanes han patentado» *(hat unser deutscher Patentpatriotismus einen schweren Schlag erlitten.)*

No obstante, resultaba igualmente indiscutible que la celebrada firma empleaba «sistemáticamente su fortuna para tentar a los oficiales prusianos importantes y subordinados, a fin de que le suministraran secretos militares». Liebknecht pensó que el Reichstag debía saber que a *die Firma* se la acusaba de «obtener informes relativos a documentos secretos, con diseños, resultados de pruebas, y especialmente precios dados a otras compañías, o recibidos de ellas, con el fin de obtener ganancias privadas» *(Kenntnis von geheimen Schriftstücken zu erhalten, deren Inhalt die Firma interessierte, insbesondere über Konstruktionen, Ergebnisse von Versuchen, namentlich aber über Preise, die andere Werke fordern oder ihnen bewilligt sind).*

El orador tomó asiento ante la consternación general. Heeringen agregó tintes oscuros al sombrío panorama, reconociendo que la descripción de Liebknecht relativa a los métodos de Krupp era correcta, y dijo que deseaba expresar su desaprobación hacia tales procedimientos. Y manifestó que «no hay pruebas, sin embargo *(noch in keiner Weise festgestellt)* de que los directores de Essen tomaran parte en ello». Indudablemente, no hay pruebas de que Gustav conociese los sórdidos detalles —aunque debió de tener algunos indicios, ya que todo pago mayor de 10.000 marcos debía ser aprobado por él—, pero la sugerencia de que todos los consejeros eran unos tramposos resulta una exageración. Uno de estos consejeros desafió a duelo al acusador del SPD, y Alfred Hugenberg inició la defensa anunciando en una conferencia de Prensa: «*Es gibt keinen Fall Krupp, sondern nur einen Fall Liebknecht!*» (¡No hay caso Krupp, sólo hay un caso Liebknecht!) Entonces el kaiser entró en el asunto. Diez años antes había expuesto su nombre a pesar de la heterosexualidad de Fritz Krupp, y ahora hizo saber que pensaba proteger a Gustav. Mientras las acusaciones y negativas rebotaban en Berlín como balas, Guillermo mandó llamar a Gustav y le prendió en el pecho la Orden Prusiana del Aguila Roja, de segunda clase, con hojas de roble (29).

Pero como es de suponer, ahora no había forma de impedir el escándalo. Heeringen renunció, y la Prensa conservadora de Berlín —*Germania, Tageblatt, Vossische Zeitung* y el portavoz de Bismarck, *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*— se unieron a *Vorwärts* exigiendo una cabeza de turco. El Más Alto paseó de arriba abajo rezongando: «Esas lechuzas, esos borregos...» Menos de dos años antes había proclamado que su real corona le había sido «concedida por la gracia de Dios únicamente, y no por Parlamentos, asambleas populares ni decisión de las gentes... Considerándome a mí mismo como un instrumento del Señor, sigo mi propio camino».

Era absurdo que el kaiser fuera en una dirección, y el resto del Reich

en la dirección opuesta; mas para él el tipo de patriotismo de los socialdemócratas era insufrible. (Aquí uno simpatiza con Guillermo. Al SPD no le preocupaba realmente la integridad de los secretos militares, sino que habían encontrado una buena arma y la utilizaban.) Guillermo se limitó a volver la espalda y a dejar que los tribunales se las entendieran con los acusados lo mejor que pudiesen.

La furia continuó sin remitir. Hugenberg pasó a declarar y luego el juez manifestó que durante seis años y medio Brandt había sustraído 1.500 documentos, la mitad de los cuales fueron exhibidos en la sala como prueba de la acusación. A fines de octubre de 1913, más de un año después de que el contable entrase precipitadamente en la oficina de Haux, se leyeron las sentencias. Todos los militares que aceptaron sobornos fueron condenados a seis meses de cárcel. Brandt fue a prisión por cuatro meses, y Eccius, el director, fue multado con 1.200 marcos. Aunque nadie había prestado demasiada atención al asunto, las palabras más tristes e irónicas relativas al caso fueron pronunciadas por Heeringer. En los archivos del Reichstag puede leerse:

> «...No es el caso de que yo favorezca a la industria privada; pero dependemos de ella. En épocas críticas, debemos poseer gran cantidad de material debidamente preparado. Esto no puede lograrse con una fábrica estatal. Por otra parte, no podemos dar a las empresas privadas los suficientes pedidos como para contribuir a su mantenimiento en tiempos de paz. Por consiguiente, tienen que depender de los pedidos extranjeros. ¿Quién saca ventajas de ello? ¡Indudablemente, la clase que sostienen!» *(Fuertes risas.)*

Por asombroso que pueda parecer, ese torbellino, que duró trece meses, no tocó a Krupp. Si los generales hubieran querido ajusticiar al príncipe consorte de Bertha, el caso Kornwalzer habría sido una buena arma. Pero eso era lo último que podían desear. El juicio no llegó a afectarle debido a que el OHL *(Oberste Heeresleitung*, el Alto Mando del ejército) le necesitaba para sus operaciones en el Oeste, en un rápido avance a través de las suaves colinas y llanuras del rincón nororiental de Europa, esa serena región que, como ha observado Telford Taylor, «ha sido testigo del flujo y reflujo del poderío militar de Europa». Allí fue donde Marlborough derrotó a las tropas de Luis XIV en Ramillies y Oudenarde, allí el primer Napoleón llegó hasta Waterloo, y el segundo hasta Sedán, y allí el Estado Mayor General propuso atacar cuando llegó el día de enfrentarse con los nietos de los hombres que habían sido derrotados en 1870 (30).

El conde Schlieffen, autor del *grosse Plan* del Reich, como el Offizierskorps lo habían bautizado un decenio antes de ser puesto en práctica, no era un hombre de acción. Para los pocos privilegiados que vestían las guerreras azules de relucientes botones del Generalstab, y que marcaban el paso de ganso (*) al entrar en el edificio de ladrillos rojos de la Königs-

(*) Casi todo el mundo, incluidos los alemanes, creen que el paso de ganso es de origen germano. Esto es inexacto. Los alemanes no hicieron más que perpetuar una innovación inglesa del siglo XVIII. Hace dos siglos todos los regimientos ingleses desfilaban con las piernas rígidas. El 11 de febrero de 1806, sir Robert Wilson, entonces comandante de una brigada al mando de Wellington, en la campaña peninsular, escribió en su diario: «El balanceo, o paso de ganso, produjo un acceso de dolor». En 1825, D. L. Richardson elevó una queja formal ante la academia militar de Sandhurst. Mucho más tarde, en 1887, el año de la muerte de Alfred Krupp, T. A. Trollope, el hermano del novelista, pedía la abolición del referido paso. Por esa época se lo limitó a la instrucción de soldados recién reclutados. Poco después desapareció de Inglaterra, si bien perduró en el Reich como un singular y significativo anacronismo nacional.

platz, de Berlín, donde se albergaban los dirigentes del *Stabs,* su *chef* carecía singularmente de lo que ellos llamaban orgullosamente *stramme Zucht,* la rigidez prusiana de espaldas cuadradas, boca desdeñosa y fría mirada. Era muy diferente de su ayudante, un comandante de cuello de toro llamado Erich Ludendorff, de quien se decía que llevaba puesto el monóculo hasta cuando amaba a una mujer.

Schlieffen fue el mayor *Philosoph des Krieges* de Prusia. Los chiquillos de Ludendorff se decían susurrando entre sí: «¡Papá parece un témpano!» No ocurría esto con Schlieffen, que era un excéntrico. «El chiflado Schlieffen», le llamaron en 1854, cuando ingresó en el segundo regimiento de guardias ulanos. Poco después enderezó su carrera casándose con su hermosa prima y distinguiéndose como oficial de Estado Mayor, primero en Königgrätz, con los ulanos del príncipe Alberto de Prusia, y luego en la campaña del Loira, en 1870, bajo el mando del gran duque de Mecklemburgo-Schwerin. En 1884 se convirtió en jefe del Gran Estado Mayor *(Grosse Generalstab),* como era conocido este cuerpo dentro del ejército. Por entonces existía ya *ein grosser Plan,* y en 1905, en vísperas del retiro de Schlieffen, ese plan fue perfeccionado por él mismo.

Bajo su tutela, el *Preussische-deutsche Generalstabsoffiziere* aprendió que debía planear una puerta de vaivén en la cual un grupo norte de tropas, y otro grupo sur, girarían en torno a una bisagra clave, aplastando así a los franceses. Había algunas premisas básicas en el *Operationsplan* especialmente la invasión de Bélgica —país neutral—, y el despliegue de una poderosa ala derecha. Ya en su lecho de muerte, las últimas palabras de Schlieffen fueron: *«Macht mir den rechten Flügel stark»* (Procurad fortalecer el ala derecha.) Entretanto, la creciente importancia del *Waffenschmiede,* de Essen, había alterado el primitivo plan en dos aspectos. El primer cambio lo debilitaba. Un ataque demasiado fuerte con el ala derecha podía dejar una izquierda vulnerable. La puerta de vaivén podría abrirse al revés de lo proyectado. Como Ludendorff explicó posteriormente en *Kriegsführung und Politik,* se hacía necesario «un cambio técnico». Hermann von Kuhl señaló francamente que «en ningún caso se debe permitir al enemigo llegar hasta el Rhin, pues entonces nuestra... región industrial se vería ante un gran peligro...» (31).

La segunda modificación eliminó un defecto básico del plan. Valía la pena proteger el Ruhr, ya que sin la segura contribución de Krupp la invasión podía fracasar. «Cuando avancéis hacia Francia —había dicho Schlieffen—, haced que el último soldado de la derecha toque el Canal con su manga.» Eso daba a entender que los alemanes debían llegar hasta el Canal de la Mancha, lo cual suponía una buena dosis de confianza, puesto que cerrando el paso hacia Bélgica se hallaba la fortaleza más poderosa de Europa: la ciudad fortificada de Lieja. Situada en una altura sobre el ancho Mosa, Lieja había sido reforzada en el decenio de 1880 mediante una línea de treinta millas de fuertes protegidos por fosos, que se comunicaban por medio de numerosos pasadizos subterráneos, y equipados con cañones de 210 mm que desaparecían en torrecillas inexpugnables, cuando no disparaban. Según las palabras de Bárbara Tuchman: «Diez años antes, Port Arthur había resistido un asedio de nueve meses sin rendirse. La opinión mundial esperaba, ciertamente, que Lieja igualara la hazaña de Port Arthur, si es que no resistía indefinidamente.»

Los alemanes habían asignado un ejército aparte para el Mosa y el bastión de Lieja; eran seis brigadas de las mejores, equipadas con un arma secreta que crearía tanto desconcierto y temor como las primeras armas nucleares de treinta años más tarde. Se trataba de un obús chato y macizo, fabricado por Krupp, que era más poderoso que cualquier cañón del mundo, incluyendo el nuevo de doce pulgadas de los acorazados

británicos. El obús alemán tenía un calibre de 420 mm. Era el *Gran Bertha*, y cada una de estas piezas requería el concurso de doscientos artilleros especialmente adiestrados. Lanzaban sus proyectiles a nueve millas de distancia, y su velocidad inicial era la de cinco trenes expresos de un peso de 250 toneladas cada uno, viajando a razón de 62 millas por hora (32).

Essen había estado experimentando con *die dicke Bertha* desde que Gustav asumió la presidencia del Vorstand. Producir un obús capaz de pulverizar las defensas de Lieja había sido relativamente fácil. El inconveniente residía en trasladar de sitio aquel monstruo. El primer modelo fue enviado en dos partes, cada una de ellas arrastrada por una locomotora. Debido a su tremenda fuerza de retroceso, no podía dispararse la pieza si no se la incrustaba en un bloque de cemento. Esto implicaba que después no se la podría mover mientras no se la hiciera saltar por los aires. El ejército diseñó un cañón de 305 mm —que aun siendo más pequeño, seguía siendo prodigioso— destinado a bombardeos complementarios. Mientras tanto, Fritz Rausenberger, jefe de los técnicos artilleros de Krupp, trabajaba sin descanso para hacer que el enorme *Bertha* pudiera ser colocado en dos plataformas dotadas de ruedas. A comienzos de 1914, el kaiser presenció una prueba del modelo más nuevo, y se marchó radiante de satisfacción (33).

Hacia el otoño se esperaban acontecimientos aún más importantes. Un segundo ensayo se había programado en Meppen para el 1.° de octubre. Este no llegó a celebrarse debido a que en ese verano el mundo se volvió loco. Tras el asesinato que proporcionó a Krupp su nueva residencia campestre en Austria, y, en definitiva, una nueva reputación universal, el retumbar de los cañones se extendió por todo el continente. Después de entregar su histórico «cheque en blanco» a Austria-Hungría, Su Majestad manifestó a Gustav que «declararía la guerra en seguida, si Rusia movilizaba». Para los confiados hombres de Essen, las «repetidas protestas» del kaiser de que nadie estaría de nuevo en situación de reprocharle su indecisión, resultaron «casi cómicas». Sin embargo, el cañón nada tenía de gracioso, y en esto Krupp alentó al Más Alto, asegurándole que la artillería del enemigo no era de calidad ni de amplia gama, mientras que la de Alemania «nunca había sido mejor» (34). A las dos de la tarde del día 1 de agosto, llegó al Hauptverwaltungsgebäude un telegrama procedente de Berlín. Sólo contenía dos letras: «D. K.» *Drohende Kriegsgefahr.* (Inminente peligro de guerra.) A las cuatro de la tarde se anunció la movilización, a las siete Alemania declaró la guerra a Rusia, y a las veinticuatro horas, Alemania y Austria iniciaron el avance contra sus vecinos. Estos replicaron rápidamente con un contraataque. Antes de que el agrupamiento en «Potencias Centrales» y «Aliados» se hubiese completado, cincuenta y siete países se habían declarado la guerra mutuamente. En todos los lenguajes se convino que era una guerra mundial, *the World War, der Weltkrieg, la Grande Guerre.* Aún hoy día no llegan a comprenderse del todo las extrañas pasiones que se desataron, el júbilo con que muchos millones de hombres corrieron a la matanza. Sólo una cosa resultaba cierta: jamás el mundo había visto algo remotamente parecido a aquello.

Para Gustav, en cambio, esa contienda tenía un irresistible parecido con la guerra franco-prusiana, y se vio a sí mismo siguiendo los pasos de Alfredo el Grande. Como el abuelo de Bertha, Gustav tenía el mejor cañón del mundo —un pedido de 180 cañones que debían salir para Brasil, fue enviado rápidamente a la frontera belga—, y Guillermo II, a semejanza de Guillermo I, mandaba las mejores tropas del continente. Para mayor semejanza, hasta Villa Hügel se hallaba ahora trastornada de arri-

ba abajo. Krupp había elegido ese verano para decorar de nuevo el interior del castillo, y el tío Félix von Ende, que había nacido en Bohemia, quiso adornar las paredes del comedor con románticos murales; esto no impidió que siguieran celebrándose las comidas de negocios y los banquetes a los huéspedes distinguidos, todo lo cual continuó desarrollándose con precisión cronométrica. En aquel febril principio de agosto, Gustav recibió en su casa a Emil Fischer, el gran químico alemán al que concedieron el premio Nobel en 1902. Una noche, Fischer confesó que estaba preocupado. Según dijo, las existencias de nitrato del Reich eran sumataban evidentes (37).

Krupp repuso que el problema del algodón pólvora no tenía importancia. Aseguró al científico que en el curso de un año, I. G. Farben produciría nitratos sintéticos (estaba en lo cierto), y que en otros aspectos los preparativos eran casi perfectos. Dos millones de reservistas estaban llegando a los puestos previamente señalados, y recibían ya sus fusiles *Máuser* de repetición, los *Pickelhauben* forrados con tela gris, y los nuevos uniformes *feldgrau*, que remplazaron el azul prusia en 1910. Trenes de movilización, cuyos horarios había examinado Gustav antes de ser enviados a la imprenta, llevaron a los soldados hasta los puntos de concentración de la frontera, con una demora mínima. Gracias a la previsión del Generalstab, cuatro dobles líneas de ferrocarril cruzaban en línea recta el Reich, de un extremo al otro, con líneas secundarias que se tendieron pensando en una situación de emergencia. La patria blandió amenazadora su puño; la moral era extraordinaria. En la oficina de Krupp, en Berlín, bajo nueva administración desde la época del *Skandal,* se informó de que numerosos coches llenos de oficiales que agitaban entusiasmados sus pañuelos, recorrían de arriba abajo en la avenida Unter den Linden, mientras que por las aceras la multitud se desgañitaba cantando el *Deutschland über Alles,* y también

*Lieb Vaterland, kannst ruhig sein,*
*Fest steht und treu die Wacht,*
*Die Wacht am Rhein...* (36).

Para mayor alegría de toda la patria, el centenar de diputados del SPD, ahora el bloque más compacto de todo el Reichstag, había votado unánimemente el apoyo a los créditos de guerra. Al contestar el grito «Por el kaiser, el pueblo y la patria», el soberano, al que Krupp había acompañado a bordo del *Hohenzollern* durante la Semana de Kiel, el mismo día en que Francisco Fernando de Austria fue asesinado repuso alegremente: «Ya no hay más partidos, sólo hay alemanes.»

A diferencia del cielo de Guillermo, el de Gustav no estaba totalmente libre de nubes. Cierto es que no podía culpar de ello a los Kruppianer. Estos realizaban jovialmente sus turnos las veinticuatro horas del día, cantando *Heil dir im Siegeskranz,* y *Siegreich wolt'n wir Frankreich schlagen,* mientras montaban cañones y cureñas, y trajinaban desesperadamente para poner en marcha los colosales obuses hacia Lieja. La dificultad de Krupp residía en que aun en fecha tan temprana, y antes de que hubiera sido disparado un solo proyectil, ya le calificaban en el extranjero como criminal de guerra. Un avispado corresponsal del *Daily Mail* había localizado a Krupp en Kiel. Como sabía que Gustav y Bertha acababan de llegar desde Londres, sacó en consecuencia que habían inspeccionado las fábricas británicas de armas, e informó que «el Maestro de Essen había estado espiando en la cándida Albión». Esto era mentira, ya que el matrimonio cruzó el canal para posar por última vez para sus retratos, pero eso era lo que se creía en Gran Bretaña, donde H. G. Wells

estaba escribiendo, en vísperas de la declaración de guerra de su país: «En el vértice de este infierno que ha estallado al fin en forma de desastre mundial, se halla el Kruppismo, este sórdido y enorme comercio de artefactos de muerte.» Inglaterra entraba en el conflicto debido a que Alemania invadía a Bélgica, cuyo jefe de Gobierno, el conde Charles de Broqueville, recordó de pronto que el año anterior el Parlamento belga había pedido artillería pesada a Fried. Krupp A. G. Los cañones no fueron entregados, y el premier dijo que el mundo sabía ahora la razón. Las consecuencias de una conspiración premeditada contra la paz resultaban evidentes (37).

Para empeorar aún más las cosas, un miembro de Krupp, llamado Wilhelm Mühlon, perdió la cabeza. Había servido a la firma primeramente como secretario privado de Gustav y luego, desde 1911, como miembro del directorio. En el momento en que Su Majestad ordenó la movilización, el funcionario desapareció de Essen. Ante el asombro de su patrono, apareció en Suiza, donde divulgó su renuncia al cargo que ostentaba en la firma, denunciando, asimismo, los preparativos de guerra del Reich, y declaró que «seis meses antes de agosto, Krupp recibió instrucciones secretas de Berlín acerca de la proximidad de la contienda, y en consecuencia procedió a ampliar las fábricas para hacer frente al trabajo extraordinario». *(Daraufhin seien die Werke sofort entsprechend umgestellt worden.)* (38).

Estas denuncias dolieron, y conservaron su escozor durante casi veinte años. En 1933, otro año en que los obtusos Ausländer no fueron capaces de comprenderle a él, ni a su país, Krupp declaró durante el juicio celebrado contra uno de los antiguos amigos de su director, y se refirió a la «falsa acusación de Mühlon». Dijo que lejos de haber urdido el conflicto diecinueve años antes, Berlín había sido tomado por sorpresa: «*Der Mangel an Sprengstoffen im Jahre 1914 hat uns an der Front viele Leben gekostet.*» («La carencia de explosivos en 1914 tuvo como consecuencia una gran pérdida de vidas en el frente, por nuestra parte.»)

Eso ocurrió después de que Gustav dispuso de casi veinte años para poder digerir la acción traicionera de su protegido. Por aquella época, hablando con el doctor Fischer, Gustav estuvo a punto de quitarse la máscara de desinterés que habitualmente llevaba puesta. La ingratitud de Mühlon resultaba un acto de deslealtad, su falsedad era ultrajante. Inquirió a su invitado la razón por la que un director insistía en que la firma podía estar conspirando con un Gobierno que acababa de multar a otro director por espiar a través de los ojos de las cerraduras. ¿Cómo podía pensar alguien que existían *Konnexionen* entre sus pacíficos e industriosos establecimientos fabriles, así como con sus astilleros, y la intriga política internacional, es decir, entre industriales como lo era él, y los advenedizos y arrogantes destructores en potencia que rodeaban por todas partes a la patria? Moviendo la cabeza solemnemente, el gran químico que era el doctor Fischer estuvo de acuerdo en que, indudablemente, no podía haber relación alguna. De ningún modo (39).

# 12

## Ultima batalla de amor

Krupp registró fielmente en su negra libreta de notas las sagradas palabras de la consigna de los talleres en tiempos de guerra: «*Dass viele Feinde viel Ehre seien.*» («Cuanto más grande es el enemigo, mayor el honor») (1). En realidad el honor de la sesión inaugural de 1914 debió haberle sido achacado a él. Aunque Bélgica no era un enemigo demasiado impresionante, la parte del león, en lo que se refiere a la rapidez de la conquista, perteneció sin duda alguna al armero del Reich. Pero la costumbre militar exige que el primer reconocimiento vaya dirigido hacia el soldado que está en el campo de batalla. Por consiguiente, la cruz azul, blanca y dorada de la orden *Pour le Mérite* fue colgada del cuello de buey de Erich Friedrich Wilhelm Ludendorff, aquel sanguíneo y oscuro soldado profesional, casi carente de amigos, que al estallar la guerra había empezado mandando una brigada de tranquilas tropas en la guarnición de Estrasburgo. Como llevaba las preciadas franjas del Generalstab, fue destinado al selecto ejército del Mosa, como oficial de enlace. Como Ludendorff se hallaba en su automóvil ante las puertas de Lieja, el 7 de agosto de 1914, golpeó en ellas con la empuñadura de su espada, los derrotistas le abrieron, y entró directamente para aceptar la formal rendición de la ciudad.

Cuando la noticia llegó al Cuartel General del kaiser, éste se puso tan contento que abrazó a Helmuth von Moltke, sobrino del gran mariscal, y, según Moltke, le besó gozosamente. El pulso de la patria entera se aceleró al conocerse el triunfo. Hasta el mismo Mühlon, el apóstata director de Krupp, anotó en su diario: «8 de agosto. Ayer por la noche llegó la noticia de que Lieja había sido tomada por asalto... Ninguno de nosotros pudo haber imaginado que las primeras tropas, rápidamente movilizadas, podían tomar semejante fortaleza de improviso *(aus dem Stegreif)*. Casi estuve tentado de enorgullecerme por tal hazaña.» La guerra iba a ser muy larga, pero sus características quedaron fijadas indeleblemente en aquellos días iniciales. El desconocido vencedor de Lieja era un hombre que sabía abrirse camino por sí solo. Aunque carecía del acostumbrado Von, en dos años se convirtió en el dictador militar del imperio, con unos poderes tan absolutos como no se habían conocido en Europa desde la muerte de Federico el Grande (2).

Lo que convierte en irónico el meteórico ascenso de Ludendorff es el hecho de que las primeras noticias sobre la capitulación de Lieja fueron

considerablemente exageradas. La ceremonia del 7 de agosto casi no había tenido significado alguno. Su Majestad besuqueó al joven Moltke sin ninguna razón. La ciudad se rindió, pero en los fortines más importantes se seguía luchando. En el círculo de treinta millas que dominaban las fortalezas, ningún uniforme pardo iba a rozar el canal con su manga. Ya los tozudos defensores habían causado un retraso de tres días en el avance programado para el Primer Ejército. Como la rigidez del Plan Schlieffen exigía que todos los alemanes que invadieran Bélgica avanzasen a un tiempo —o todos o ninguno—, dos millones de hombres quedaron detenidos en ese frente. De modo que el primer acto de Ludendorff al salir del reducto que presumiblemente había tomado, fue pedir cañones de asedio. Entonces la historia aparece menos heroica, para convertirse en una proeza de mecánica, de fuerza bruta y de sudor.

Trasladar los cañones, *kolossal dicke Berthas* de 98 toneladas, era una empresa mucho más titánica de lo que se había supuesto. Dos días después de la desesperada orden de Ludendorff, los enormes obuses aún se hallaba en Essen, rodeados de Offiziere que gritaban, y de Kruppianer que gruñían. En la noche del 9 al 10 de agosto, se los dispuso y sujetó en vagones especiales, y al día siguiente salieron a la mayor velocidad que se podía hacia la frontera. Pero a las veinte millas de la salida, las locomotoras chirriaron y se detuvieron. Los belgas habían volado un túnel. El *Times*, de Londres, informó que el asalto del kaiser a Lieja recibía una adecuada respuesta, y lo cierto es que Su Majestad tuvo que colocarse a la defensiva. Todo dependía de los enormes, turgentes, espantosos pero indudablemente mortíferos y rollizos cañones *Bertha* (3).

El túnel destruido se hallaba en Herbesthal, a veinte millas de la fortaleza. Los saboteadores habían logrado un asombroso éxito. Resultaba imposible reparar los destrozos, por lo que a medianoche comenzó la descarga de las armas, comenzando por los proyectiles, de casi un metro de largo. Allí la situación era peor que en Essen debido a que los ingenieros carecían de equipo pesado de carga y descarga. Los camiones se hundían bajo el peso de los cañones. Se requirió el concurso de los caballos de los ulanos, y sus arneses reventaron. Como los cañones poseían un alcance de nueve millas, sólo tenían que ser llevados once millas más allá, con la ventaja de que las carreteras se hallaban en buen estado. A pesar de todo, el incesante trabajo continuó la noche entera y a lo largo del día siguiente, empleándose una combinación de vehículos de motor, caballos y destacamentos de soldados que hacían avanzar pulgada a pulgada los carruajes con los gigantes de Kruppstahl. Al anochecer del 12 de agosto, una de las piezas quedó montada en su lugar, con la brutal boca negra abriéndose amenazadora hacia el cielo. Sus doscientos servidores se afanaron sobre el cañón para preparar el disparo, y luego, cubriéndose con un almohadillado especial que protegía sus órganos vitales, se tendieron en el suelo a trescientas yardas de la pieza. A las 18,30 horas llegó la orden: «*Feuer!*», y se pulsó un contacto eléctrico. Los defensores belgas sintieron una conmoción tan violenta que algunos creyeron que se estaba produciendo un seísmo. Un proyectil enorme salió de la oscura boca del *Gran Bertha*, recorrió una milla, y luego de permanecer un minuto entero en el aire, fue a dar en el blanco, en el mismo centro de Fort Pontisse. Un momento más tarde, una nube espiral de cemento, acero y carne humana ascendía cual brutal revoltijo hasta una altura de un millar de pies sobre la cabeza de los combatientes (4).

Ludendorff fue testigo presencial de la horrenda escena, y penetró en los humeantes restos de otro reducto. Fort Loncin, pocos minutos después de ser éste destruido asimismo por el *Gran Bertha*. Milagrosamente habían escapado algunos supervivientes. Ludendorff manifestó:

«En él había caído la granada de uno de nuestros obuses de 42 cm. El depósito de municiones había volado y toda la estructura aparecía destrozada. Cierto número de soldados belgas ennegrecidos y deslumbrados salían arrastrándose de entre las ruinas, en compañía de algunos alemanes que habían caído prisioneros en la noche del 5 al 6 de agosto. Cubiertos de sangre se dirigieron hacia nosotros con las manos en alto, murmurando: «¡No nos maten, no nos maten!» *(Blutend, mit hocherhobenen Händen, kamen sie uns entgegen. «Ne pas tuer, ne pas tuer» brachten sie stammelnd hervor)* (5).

«*Wir waren keine Hunnen*» («No éramos hunos»), añadió el general. Tenía razón, evidentemente. Atila nunca hubiera soñado con algo semejante. En aquellos días, los hombres aún se asombraban ante la descripción que hacía Plutarco de la enorme catapulta de Arquímedes, con la que éste expulsó a los romanos de Siracusa arrojándoles piedras de 1.800 libras. El comandante romano dijo en aquella ocasión: «Arquímedes supera realmente a los gigantes de cien manos de mitología.» Pero aquello era como una simple honda de niño, mientras que el nuevo cañón de asedio de Krupp era un arma para el asesinato en masa. Los belgas que aguardaban en sus fuertes de cemento, que habían creído lo que les dijeran, de que los reductos podían resistir el impacto directo de cualquier proyectil, oían ahora el aullido de la bala del *Gran Bertha* dirigido hacia ellos; luego la granada penetraba en la estructura de acero y cemento, y en seguida la espoleta de acción retardada hacía estallar la tonelada de explosivos que en su interior llevaba el proyectil. Hora tras hora continuó esta pesadilla, hasta que el laberinto de corredores subterráneos se llenó de gas, fuego y soldados que, según recordó después un testigo, se habían vuelto «histéricos, incluso locos, ante la terrible espera del próximo disparo» (6).

Después de cuarenta y ocho horas, la totalidad de los grandes fortines que protegían los fosos situados al norte y al este de Lieja, habían sido reducidos a ruinas empapadas en sangre. Un reducto sufrió el impacto de cuarenta y cinco granadas, antes de capitular; pero ahora un pesado silencio se extendía sobre el campo de batalla. La araña de cinturones defensivos se había desintegrado. A continuación empezó a oírse un rumor, que fue seguido por el resonar de botas claveteadas. El Primer Ejército estaba avanzando, y los extremos de su derecha rozaban el canal. Luego, a fin de acabar con uno de los reductos subterráneos situados en el extremo más alejado de la ciudad, los alemanes trasladaron laboriosamente uno de los grandes *Bertha* hasta el centro de Lieja. Célestin Demblon, un *députe* de la población y profesor de la Université Nouvelle de Bruselas, se hallaba en la plaza de Saint-Pierre, con algunos amigos, cuando vio, volviendo una esquina...

...«*Au milieu de soldats allemands, une pièce d'artillerie si colossale que nous n'en pouvions croire nos yeux... Les soldats l'accompagnaient roidement, avec une solennité presque religieuse. Le Bélial des canon!... Effroyable fut la détonation! Les curieux avaient été refoulés; le sol fut secoué comme par un tremblement de terre, et touté les vitres du voisinage volèrent en éclat!*»

«...En medio de los soldados alemanes, había una pieza de artillería tan colosal que no podíamos dar crédito a nuestros ojos. Era uno de los ocho cañones gigantescos que los alemanes llamaban "la sorpresa de la guerra", ¡el 420! Su perfeccionamiento sólo

conocido del emperador y de algunos íntimos, se había llevado a cabo, según uno pudo enterarse, en total secreto. El monstruo de metal avanzaba en dos partes, tirado por 36 caballos, si la memoria no me engaña. El suelo temblaba, y la multitud permanecía muda, llena de consternación. Lentamente cruzó la plaza de Saint-Lambert..., atrayendo grupos numerosos de curiosos, a lo largo de su recorrido. ¡Los elefantes de Aníbal no pudieron haber asombrado más a los romanos!... Los soldados que la acompañaban marchaban rígidamente, con solemnidad casi religiosa. ¡Era el Belial de los cañones!

Al final del bulevar d'Avroy..., el monstruo fue montado y se le apuntó escrupulosamente... Luego se produjo una tremenda explosión. La multitud fue empujada hacia atrás; el suelo tembló como si se hubiese producido un temblor de tierra, ¡y todos los cristales de la vecindad saltaron hechos añicos!» (7).

El 16 de agosto cayó la última fortaleza —el cuerpo del comandante general de las defensas de Lieja fue hallado debajo de una masa de escombros—, y los monstruos de Krupp reanudaron su pesada marcha para terminar, al finalizar esa semana, con los menos difíciles asedios de Namur, Amberes y Mauberge. Según fueron llegando al cuartel general de Guillermo los minuciosos informes sobre las acciones de guerra, el emperador y sus aliados se fueron dando cuenta poco a poco del extraordinario papel que el altivo hombrecillo de Essen había desempeñado en la conquista de Bélgica. Aunque las condecoraciones militares de Gustav comenzaron a llegarle tarde, ahora estaba siguiendo la tradición de Alfred y Fritz. Día a día se iba llenando de alhajados adornos la parte izquierda de su chaqueta. Además de la medalla que le fue concedida en lo más álgido del *Skandal*, Gustav se hallaba en posesión de la Cruz de Segunda Clase de Comendador de la Orden de Alberto de Sajonia; de la medalla de la Orden de la Corona de Prusia, de Segunda Clase; de la Orden de San Miguel, al mérito militar, de Baviera; de la Cruz de Gran Comendador *(Grosskomturkreuz)* de la Orden de Griffen; de la Estrella de San Miguel de la Orden al Mérito, de Segunda Clase, y de la Orden Militar bávara de Segunda Clase. Poco después, el Más Alto le llamaba a su presencia y le prendía en el frac la Cruz de Hierro de Primera Clase, recompensa habitualmente reservada para los soldados que se habían distinguido en el campo de batalla, y que el cabo Adolf Hitler sólo consiguió después de luchar durante cuatro años, de sufrir dos heridas graves, y de haber capturado él solo a quince enemigos. Y no acabaron allí los honores dispensados a Gustav. Prusia agregó a las anteriores la Cruz al Mérito por Ayuda de Guerra *(Verdienstkreuz für Kriegshilfe)* —Bertha también la recibió—, y Turquía le otorgó la Orden de Mejidieh, de Primera Clase, así como el Creciente de Hierro. Para rematar todo esto, la Universidad de Bonn consideró que Krupp era algo más que un héroe militar, y que las hazañas de los rollizos *Bertha* habían contribuido al desarrollo de la civilización humana. En consecuencia, le otorgaron el título de *Ehrendoktor der Philosophie* (8).

Entre este verdadero chaparrón de alabanzas, nadie tuvo la falta de delicadeza de mencionar un hecho: que los grandes obuses habían llegado demasiado tarde a Lieja. Hubo un pequeño retraso de sólo dos días. Sin ser descubiertas por los cien mil jinetes franceses, las fuerzas teutonas siguieron avanzando irresistibles por territorio belga, llegaron a Verdún y alcanzaron el Marne. Pero sólo hasta allí penetró el invasor. Aquellas cuarenta y ocho horas fueron suficientes para lo que los aliados necesitaban. La fuerza expedicionaria británica cruzó el Canal de la

Mancha y tomó posiciones hacia el ala izquierda de los franceses; seiscientos taxis de París llevaron velozmente a seis mil *poilus* al frente, y tras una batalla de siete días en la que intervinieron más de dos millones de hombres, los alemanes retrocedieron hasta el río Aisne y se establecieron en aquella región. Entonces comenzaron los movimientos laterales, y las líneas de los ejércitos enemigos se extendieron hacia el Oeste y el Norte, mientras cada uno de los dos oponentes trataba de rebasar al otro por los flancos. Por fin llegaron hasta donde terminaba el terreno: una sinuosa línea de trincheras comenzaba en la frontera suiza y terminaba 466 millas más lejos, en Nieuport, a orillas del Canal de la Mancha. La movilidad y la ocasión de efectuar maniobras se habían desvanecido (*).

Nadie se dio cuenta de esto, por aquel entonces. Los sacrificios en las luchas iniciales habían sido tan considerables, por ambas partes, que la idea de que la batalla se hallaba en tablas resultaba intolerable. Con los grandes arsenales de que disponían los estrategas, parecía inevitable el rompimiento del frente por alguna parte. Cuando Tirpitz inspeccionó el Germaniawerft en febrero de 1915, cinco meses después del Marne, miró sarcásticamente los submarinos que se estaban construyendo, y dijo a Krupp: «*Na, die kommen für diesen Krieg ja doch zu spät.*» («Bien, no sé si sabe que éstos van a llegar demasiado tarde en esta guerra.») Tal vez quiso decir que la situación se resolvería en seguida en Francia, o que los submarinos ya botados eran suficientes. En cualquiera de ambos casos se equivocaba, y si pensaba lo segundo, su error era monumental. Los *Unterseeboot* iban a ser el arma decisiva de la guerra, pero de un modo que nadie había previsto. En la época de la visita del almirante a Kiel, Berlín proyectaba vencer el poderío británico en el mar mediante una guerra naval masiva de *Unterseeboot*, y en la mañana del siguiente 1.° de mayo, cierto teniente comandante Schweiger, merodeando frente a la costa irlandesa en su *U-20* construido por Krupp, torpedeó el transatlántico *Lusitania*. Más de 1.100 personas se ahogaron, 138 de ellas americanos. En aquella romántica época, en que la guerra era todavía concebida como algo caballeresco, aquel hundimiento se consideró como algo inconcebible. El presidente Woodrow Wilson, iracundo, escribió una nota de protesta tan enérgica que el secretario de Estado, William Jenninge Eryan se negó a firmarla. La nota llegó a Wilhelmstrasse, sin embargo, y era virtualmente un ultimátum. En su cuartel general de Luxemburgo, el Más Alto estudió sombríamente el escrito, y luego ordenó la retirada de los submarinos. Pero el significado del incidente resultaba claro. Wilson había hecho una advertencia. Un nuevo desliz, y Estados Unidos entrarían en la guerra (9).

Durante aquellos primeros meses, el condecorado héroe del Ruhr mostrábase preocupado por sus planes de expansión, y por las existencias de materias primas. Lleno de entusiasmo, apoyó las doctrinas de Heinrich Class, del Alldeutsche Verband, el cual escribió que «Rusia debía ser empujada hacia el Este, y sus fronteras tenían que reducirse aproximadamente, a la extensión que presentaban en los tiempos de Pedro el Grande». En noviembre de 1914, Gustav redactó su propio programa de objetivos bélicos para el ministro de Asuntos Exteriores, Gottlieb von Jagow, y «algunos otros amigos míos del Gobierno». Convencido de que «la paz puede y debe ser dictada al enemigo», Krupp rechazó cualquier

(*) Schlieffen había pronosticado que el avance a través de Bélgica sería el Cannas de Alemania. Así fue, en efecto, pero olvidó que si Aníbal derrotó a los romanos en Cannas, en cambio no logró apoderarse de Roma. (Alfred Schlieffen, **Cannae**, 1922, 4).

sugerencia para entablar negociaciones. El Reich, dijo convencido, era el eje de Europa. A su alrededor pretendía establecer una *Mitteleuropa* teutónica que comprendiera Austria-Hungría y los Estados neutrales de Holanda, Suiza y Escandinavia. Primero había que humillar a Francia. Debían anexionarse el territorio francés hasta la línea del Mosela y del Mosa, y este asombroso plan se justificó en términos que resultaron perfectamente lógicos para el Hauptverwaltungsgebäude: «Carente Francia de reservas considerables de hierro y carbón, no podrá ya representar un peligro económico en el mercado mundial, ni un riesgo político en el concierto de las grandes potencias.» (10).

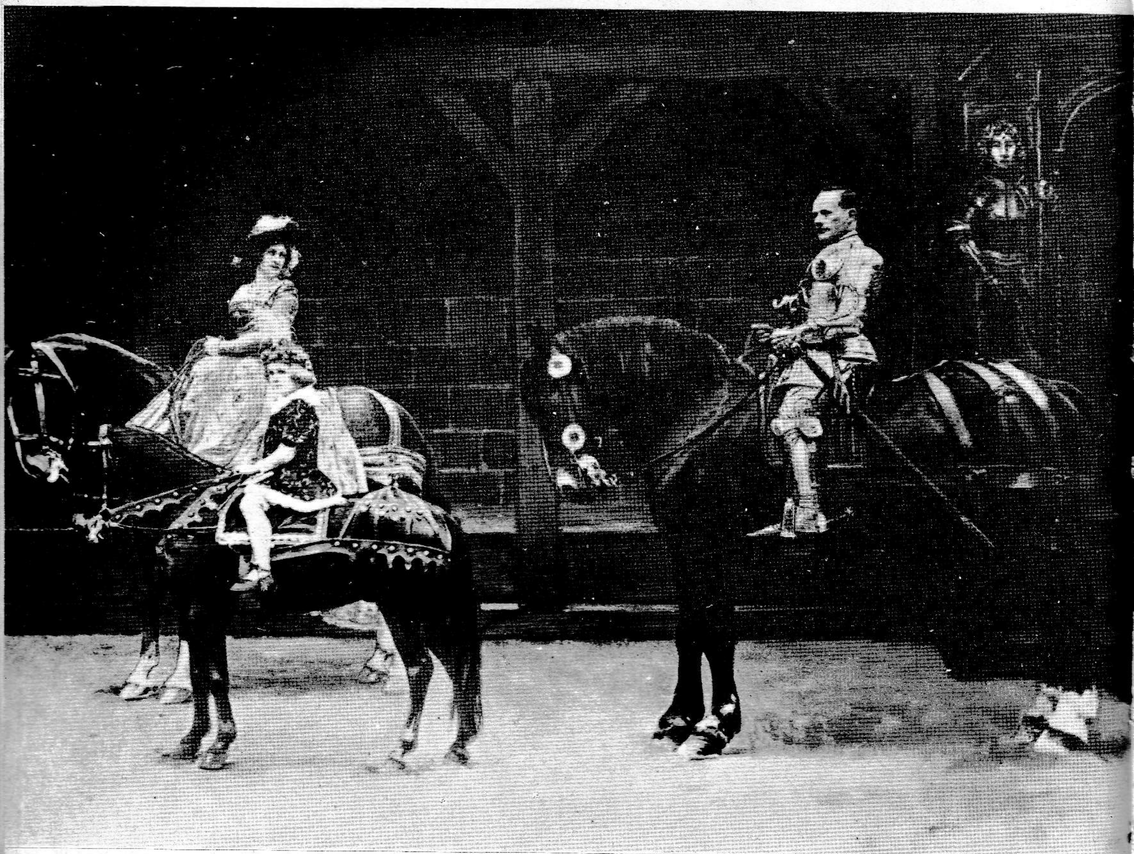
La visión de Krupp iba aún más lejos. Preveía el resurgir de Polonia como «Estado parachoques», con una franja germanizada entre ella y el Reich, a fin de crear un terreno firme contra los polacos que codiciasen las tierras prusianas antes gobernadas por Varsovia. Anticipaba y extendía el imperio colonial teutónico en Africa *(Mittelafrika)*, cubierto por bases navales y depósitos de carboneo, y argumentó que «si se logran estos objetvos, la cultura y la civilización germánicas dirigirán el progreso de la humanidad; luchar y conquistar semejante poderío, bien vale el precio de noble sangre». Pero sería necesario algo más que derramar sangre. Según él, había que mantener permanentemente sometida a Bélgica (Gustav pensaba más bien que la costa norte de Francia debía ser también una provincia del Reich), y lo más importante era que los navíos del Germaniawerft tenían que dominar las aguas del Canal de la Mancha:

> «Así nos encontraríamos ante el mismo núcleo del poderío mundial de Inglaterra —tal vez el único—, que nos podría proporcionar una amistad inglesa duradera. Ya que sólo si somos capaces de dañar seriamente a Inglaterra en cualquier momento, ella dejará realmente de molestarnos, e incluso puede convertirse en nuestra "amiga", hasta el punto donde Inglaterra es capaz de conceder alguna amistad» (11).

Las demandas de materias primas, aunque más similares, resultaban más apremiantes. Los magos del I. G. Farben estaban realizando maravillas en cuanto a sustitutivos. De todos modos, no había nada que remplazase los minerales básicos que los crisoles de Krupp exigían. Gustav se había anticipado al problema. Una vez más, su consejero había sido Alfred. El príncipe consorte estudió, lleno de admiración, el desarrollo de la guerra franco-prusiana, y ese fue el motivo de que invirtiera tanto dinero en firmas del extranjero. Moltke, que se hallaba de acuerdo con él, rechazó la propuesta de Schlieffen según la cual los Países Bajos serían invadidos, explicando que Holanda «deberá ser el conducto que nos permita respirar». Ese mismo otoño, la previsora política proporcionó resultados espléndidos. En setiembre, el carguero noruego *Benesloet* llenó sus bodegas con 2.500 toneladas de inestimable níquel de Nueva Caledonia. Después que hubo zarpado, las autoridades coloniales francesas descubrieron que el consignatario del mineral era Fried. Krupp A. G., quien había pagado por adelantado. Detenido por el crucero francés *Dupetit-Thouars*, el buque noruego fue llevado a Brest. Un tribunal declaró que el carguero había efectuado contrabando de guerra, pero París, que no deseaba enemistarse con Oslo, decretó la libertad del navío. El 10 de octubre, el *Benesloet* zarpó de Brest en dirección a Noruega, y a finales de ese mes, el cargamento había llegado al Ruhr. Durante aquel invierno, los exportadores británicos también enviaron a Gustav níquel y cobre por intermedio de Holanda. Al principio no pareció haber razón alguna



La escalera principal de Villa Hügel.



Bertha, Alfried —a los cinco años— y Gustav, ensayando para el torneo del Centenario, en 1912.



El kaiser Guillermo II avanza por las calles de Essen, junto a Gustav, en vísperas de la Primera Guerra Mundial.



La Gusstahlfabrik en 1912.





Un cañón *Gran Bertha,* capturado cerca de Ypres, durante la Primera Guerra Mundial.

Representación, por un dibujante, del *Pariskanone* de Krupp, en 1918.

Talleres de cañones de Krupp, a comienzos del siglo.

Walzwerk I (Taller de Laminación I) en 1920.



Blühnbach, el castillo de Krupp en los Alpes austríacos.

para que esas remesas no prosiguieran indefinidamente. Los sentimientos aliados estaban endureciéndose, sin embargo, y el último día de la primavera, leyó Krupp el siguiente párrafo en el diario de la noche:

> «Londres, 20 de junio (TU). — Los comerciantes de metales [*die Eisenhändler*] Hetherington y Wilson, de Edimburgo, que hacían entregas de mineral, vía Rotterdam, a la firma Krupp, después de estallar la guerra, fueron sentenciados cada uno a seis meses de cárcel, y a una multa de dos mil libras esterlinas» (12).

Gustav extrajo su libreta negra y anotó los dos nombres. El veredicto no era catastrófico (excepto para Hetherington y Wilson), pero exigía mayores cuidados e ideas nuevas. Por consiguiente, era necesario no contar con Holanda. Esto resultaba evidente. Gracias a la fe de los escandinavos en la libertad de empresa, Noruega y Suecia aún estaban disponibles, y de ellas llegó un persistente aflujo de raras especies minerales que garantizaron el espléndido temple de las aleaciones grisáceas de Essen, Rheinhausen, Annen, Kiel, Ham y Magdeburgo. Como medida de seguridad, el Germaniawerft construyó un navío especial que podía desafiar el bloqueo naval aliado sin ofender a Woodrow Wilson. Se trataba de un carguero submarino con una capacidad de 800 toneladas de carga y con un radio de crucero que le permitía cruzar el Atlántico. Bautizado con el nombre de *Deutschland*, el 23 de junio de 1916, el navío comenzó inmediatamente a transportar minerales y caucho en bruto desde las aisladas colonias del Reich (13).

Por aquel entonces, el imperio de Krupp se había transformado tanto que los uniformados Kruppianer, al salir del trabajo, se veían en dificultades para hallar sus hogares. Al estallar la guerra, la firma tenía empleados a 82.500 hombres, de los que casi la mitad se hallaban en Essen. Luego la nómina subió a 118.000 trabajadores, y más tarde a 150.000, entre los que figuraban 20.000 mujeres, que en su mayoría se dedicaban a la delicada tarea de acondicionar espoletas. Un corresponsal de guerra, neutral, que recorrió la Gusstahlfabrik, se mostró asombrado al descubrir un comedor con 7.200 asientos, en los que 35.000 obreros comían en turnos rotativos. Mientras se afanaban en dos turnos de doce horas para montar cañones, cureñas, municiones y blindajes de barcos, los trabajadores veían alzarse nuevas construcciones en torno a ellos, casi de la noche a la mañana. Durante el primer año de guerra, sólo en Essen se construyeron y equiparon treinta y cinco grandes talleres. En enero se diseñaron los planos para una fábrica de 23.000 yardas cuadradas destinada a la producción de granadas, y en julio ya estaban funcionando las instalaciones (14).

Las cifras de producción resultaban increíbles. Durante el primer año de la guerra, Essen remplazó más de 900 cañones de campaña y 300 obuses ligeros, y en el segundo año, la nueva fábrica de municiones entregó cerca de ocho millones de granadas. En el tercer año, Krupp alcanzó un nivel inconcebible: de sus talleres salieron *mensualmente* nueve millones de granadas y tres mil cañones. De haber sufrido la calidad una merma, como consecuencia de esta producción en masa, el ejército no hubiera podido hacer demasiadas objeciones. Pero no hubo motivos para quejarse. Cuando los alemanes atacaron en Verdún, el 21 de febrero de 1916, el asalto fue precedido de una «cortina de fuego» que duró doce horas y media, y en la que 1.200 piezas artilleras lanzaron cien mil granadas por hora sobre un frente de ocho millas, mientras que los trece *Gran Bertha* —ahora llamados cañones *Gamma*, o simplemente los *420*—, seguían demostrando ser tan demoledores como sus antecesores en Lieja. El nom-

bre clave para la operación fue el de *Gericht* (tribunal). Los ferrocarriles ya no constituían un problema. Cada uno de los enormes obuses era desmontado, y sus 172 piezas se transportaban en doce vagones de carga. Aún se requerían veinte horas para que pudieran entrar en acción, sin embargo, y mientras los artilleros luchaban con las poderosas anatomías de acero de las piezas, los soldados de infantería se quedaban mirando boquiabiertos el tamaño de los proyectiles. En cuanto se iniciaban los disparos, los soldados tenían que alejarse del lugar, o corrían el riesgo de sufrir la rotura de los tímpanos. Claro está que los que se hallaban en el otro extremo lo pasaban mucho peor. En *The Price of Glory,* Alistair Horne describió «un rugido descendente tan ruidoso, prolongado y desmoralizador como el de un Stuka». Luego, añadió:

> «Desde febrero en adelante, los *420* tuvieron los fortines de Verdún bajo el fuego constante de sus proyectiles de una tonelada... Una granada del *420* (afortunadamente, sin estallar), fue descubierta tras haber penetrado a través de seis pies de tierra, diez pies de hormigón y, al fin, por una pared de treinta pulgadas de espesor. Las bajas fueron elevadas, y muchos se asfixiaron debido a los mortíferos gases del TNT encerrados dentro del fuerte... El aterrador sonido de la granada al caer... mermaba del todo el valor de los defensores. Después de un intenso bombardeo, el comandante, viéndose enfrentado con un conato de rebelión por parte de los lunáticos atemorizados por los proyectiles, se vio forzado a reunirlos a punta de pistola y a encerrarlos en una casamata. Luego, el propio M.O. del fuerte perdió la razón y corrió hacia los bosques vecinos, donde le encontraron más tarde sentado sobre un tocón de tronco, con un ataque de amnesia» (15).

El emperador, cada vez más impresionado por tales hechos, envió mensajes de felicitación a Gustav. Después de la batalla de Jutlandia, le mandó el siguiente telegrama:

> «Wilhelmshaven, 5 junio 1916. Herr Krupp von Bohlen und Halbach, Essen. Como inmediata consecuencia de la impresión que me han causado los sucesos presenciados en la batalla del mar del Norte, deseo dejar constancia de que el éxito fue debido a nuestros excelentes cañones y blindajes, y más especialmente al efecto destructor de nuestras granadas. La batalla es, por consiguiente, un día de triunfo, asimismo, para los talleres de Krupp. [*So ist der Schlachttag auch ein ehrentag der Krupp-Werke*]» (16).

Los resultados fueron menos concluyentes de lo que el kaiser esperaba. La marina del Reich hundió catorce navíos y once los ingleses, al tiempo que infligían a éstos un número doble de bajas; pero Inglaterra seguía dominando el mar, todavía. La batalla de Jutlandia había quedado en tablas, y una de las razones de ello era que ambas flotas estaban protegidas por el mismo blindaje. Las transacciones hechas antes de la guerra ya no podían anularse. En Francia, los soldados ingleses caían sobre las líneas alemanas empuñando diminutos KPz96/04, por haber sido 1896 el año en que Vickers adquiriera la patente de la espoleta de Krupp, y 1904 el año en que el convenio se renovó. La Cámara de los Comunes mostró sus recelos, y a fines de abril de 1915, lord Charles de la Poer Beresford, destacado crítico de política naval británica, preguntó al primer ministro Asquith, si era cierto que la familia Krupp recibía en pago «unos derechos de un chelín por granada». Esto resultaba sumamente em-

barazoso para todos, y el asunto no recibió contestación hasta la primera semana de mayo. Entonces la respuesta fue ambigua. Se dijo a la Cámara que aunque se había establecido en una ocasión un acuerdo para pagar unos derechos de un chelín y tres peniques, el convenio ya había expirado el 16 de julio de 1914, y «desde aquella fecha no se han pagado derechos por las espoletas». Claro que no podía haber pagos, ya que ambos países estaban en guerra. Pero la declaración de que el acuerdo había caducado era falsa. Legalmente, aún continuaba en vigor, y ambas firmas seguían contabilizándolo, Vickers en una cuenta titulada «K», y Gustav bajo una fórmula aproximada, por la que se reconocía que Albert Vickers le debía 60 marcos por cada soldado alemán muerto en el frente (17).

Indudablemente, resultaba imposible explicar esta clase de asuntos a Guillermo, y mucho menos a los soldados que estaban combatiendo. El misterio de la industria de armas ya había sido bastante complicado en épocas de paz. Ahora se volvía algo tan complejo, que en Alemania, Gustav y otra media docena de barones podía decirse que habitaban en un mundo propio, con un idioma diferente y sobreponiéndose a dificultades incomprensibles para todos los demás. En la fecha en que el *Deutschland* fue botado, por ejemplo, los del grupo se vieron obligados a presionar con todas sus fuerzas sobre el canciller Bethmann-Hollweg, para que autorizase la apropiación de los recursos industriales de Bélgica. El canciller aseguraba que eso era un acto de piratería, y terminó accediendo de mala gana.

Esa orden sentó un precedente sin igual para la generación siguiente, cuando la mayor parte de Europa se convertiría en una vasta Bélgica ocupada por los hijos de los alemanes que estaban ahora bajo las armas. Ese mismo otoño, otra orden de consecuencias aún más amenazadoras para el futuro fue entregada al gobernador militar de Bruselas. A pesar del reclutamiento que incluía a todo varón alemán, entre los quince y los sesenta años, y a las mujeres más aptas para el trabajo en las fábricas de armas, la mano de obra escaseaba cada vez más en los talleres. Por consiguiente, se emitió un nuevo decreto por el que se reclutaba a los civiles belgas para el trabajo manual en las instalaciones del Ruhr. Tilo von Wilmowsky, entonces oficial de caballería que actuaba como ayudante de campo del gobernador, no disimuló su asombro. Escribió en seguida a su cuñado, pidiéndole que expusiera el asunto ante el emperador. Lamentándolo mucho, Krupp rechazó el encargo, manifestando que había que obedecer (18).

Aunque Tilo no lo sabía, el propio Krupp había tenido mucho que ver en el reclutamiento de los belgas. El 27 de agosto de 1916, Rumania entró en guerra uniéndose al bando de los aliados. Al día siguiente, Hindenburg fue nombrado comandante supremo del ejército, siendo Ludendorff su jefe de Estado Mayor. Prácticamente no había límites para la autoridad de ambos. Cuando Bethmann-Hollweg sintió cargos de conciencia y fue a verlos, le despidieron sin más contemplaciones, aun siendo el canciller. En la segunda semana de su reinado, los dos generales hicieron juntos una gira por el frente occidental, y al regresar por Bélgica el 8 de setiembre, Ludendorff se reunió con Krupp y Carl Duisberg, de I. G. Farben, los dos industriales más poderosos del imperio. Según sus propias palabras, «en camino, durante la tarde siguiente, traté este asunto [producción de guerra] con herr Duisberg y herr Krupp von Bohlen und Halbach, a quienes pedí que vinieran en mi tren. Consideraron como muy posible a la vista de nuestras reservas de materias primas, incrementar nuestra producción de material de guerra, con sólo que pudiera resolverse el problema de la mano de obra». *(Sie hielten eine Erhöhung des Kriegsgeräts*

*auf Grund unserer Rohstofflage durchaus für möglich, wenn die Arbeiterfrage gelöst würde.)* Ludendorff resolvió el caso redactando el edicto que sorprendió al barón Von Wilmowsky. Como consecuencia de ello, los «barones de chimeneas» estuvieron en condiciones de asegurar al Gobierno: «Los recursos a disposición de la industria alemana son tan extensos que permitirán suministrar todas las municiones y el material de guerra que puedan necesitar nuestras valientes tropas y sus fieles aliados, durante muchos años por venir.» *(...auf viele Jahr hinaus mit der notwendigen Munition und dem sonstigen Kriegsmaterial zu versorgen.)* (19).

La nota parece una comunicación de escasa importancia, propia de la burocracia teutónica, y eso es precisamente lo que tiene de terrible. Aquellos hombres no estaban tratando de piezas de recambio, sino de seres humanos. La esencia de su mensaje implicaba que la guerra marchaba muy bien, y que las máquinas aguantaban perfectamente. Aquella situación podía continuar indefinidamente, siempre que no carecieran de trabajadores. Esa fue su actitud hacia los belgas reclutados, y así hablaban también acerca de sus propios soldados. El Generalstab habló desapasionadamente de la necesidad de *Menschen,* o material humano. Sin embargo, creer que esta crueldad era algo exclusivo del Reich, supone un error. Lo mismo ocurría en todas las capitales de los países en guerra, y más que en ninguna en aquel bastión de la virtud que se llamaba Londres. Lord Edward Carson, un culto graduado del Trinity College, de Dublin, manifestó a sus pares: «El necesario suministro de héroes debe mantenerse a todo trance», y los oficiales ingleses responsables de la estrategia, al calcular el promedio de bajas producidas por los disparos de cañón en los sectores inactivos, lo calificaron de «merma normal» (20).

Esto parece propio de monstruos. En realidad, se trataba de seres sometidos a una metamorfosis histórica. En aquellos remotos días de lucidas carreras de caballos, de sombreros con plumas de avestruz y carruajes relucientes, la civilización se hallaba en un período de profunda transición. Culturalmente permanecía atada al pasado, si bien se apreciaban signos de que la edad del maquinismo estaba comenzando. Europa se hallaba en parte en un período, y en parte en el otro, y la angustia se multiplicaba por el hecho de que de todas las instituciones sociales, la profesión militar era la más arraigada en la tradición de los tiempos idos. Sus dirigentes tradicionales, emperadores, príncipes, potentados y mariscales de campo, eran los hombres más conservadores de la sociedad, los últimos con capacidad para comprender la nueva guerra mecanizada que tenían que dirigir. Los Junker idolatraban sus monóculos, los guantes blancos inmaculados, los sables de empuñadura cincelada y las *Kommandantur* de cemento armado, con sus águilas prusianas encima de la entrada, mientras que el anhelo de los franceses por *la gloire* corría casi parejo con su capacidad para la autosugestión. Aun cuando sus soldados balaban como ovejas, para demostrar que se consideraban como borregos que llevan al matadero, los *maréchaux* hablaban sin cesar del *élan* natural del *poilu.* Claro está que eso era para impresionar a los de menos edad, a *les jeunes turcs.* A su edad debían aprender a cuidarse por sí mismos. Cuando Fahkenhayn atacó Verdún, el mensajero que llevó la noticia fue informado de que «Papá» Joffre, el condestable de Francia, se hallaba dormido detrás de una puerta cerrada con doble vuelta de llave, y no podía molestársele (21).

Los necios militares de Inglaterra estaban igualmente convencidos de que un soldado podía traspasar una alambrada de espino si tenía el suficiente coraje, y seguían apegados a la rutina militar de tiempos de paz. Solían pasear con sus botas relucientes, y recorrían los frentes en «Rolls-Royce», criticando la falta de disciplinas. Era una mala época

para el servicio regular, afirmaban, ya que habían tantos oficiales que no eran verdaderos caballeros. Algo había que hacer a ese respecto, y en consecuencia se recordó ásperamente a los nuevos compañeros de armas que debían procurarse asistentes, que tenían que golpear públicamente a los soldados de mal comportamiento, y en general que debían imponer una disciplina impecable entre las tropas. Durante los períodos de descanso se exigía a los oficiales subalternos que asistieran a clases de equitación y que aprendiesen a jugar al polo, y en lo peor de la batalla del Somme, a escasa distancia del frente, se celebraron exhibiciones de caballería en las sedes de las divisiones.

Conforme fue creciendo la matanza, a lo largo de 1915 y 1916, los anacronismos más absurdos de los uniformes fueron desapareciendo. Los alemanes segaron las puntas de sus *Pickelhauben,* tan poco prácticas, y los ingleses y franceses, que no habían usado cascos durante la batalla del Marne, se protegieron la cabeza. Los infantes franceses ya no utilizaban pantalones rojos y guerreras azules, ni sus artilleros iban vestidos de negro y oro, en tanto que el ejército inglés abandonó la práctica de hacer que los oficiales subalternos recién nombrados visitaran a un armero para que les afilase la espada, como hacía Enrique V, antes de salir hacia Francia. Esta decisión no se tomó a la ligera, ya que el afilado de la espada había sido una ceremonia puramente sentimental. La idea de atacar un nido de ametralladoras con un sable resultaba inconcebible actualmente, pero entonces los generales no pensaban demasiado en las ametralladoras. Después de considerar este asunto, llegaron a la conclusión de que la ametralladora, según las propias palabras del inglés sir Douglas Haig, «era un arma muy sobreestimada». Año tras año Krupp, Schneider, Vickers y Armstrong fabricaban nuevos artefactos de muerte, que los antiguos alumnos de la Kriegschule, de Sandhurst o Saint-Cyr acogían de mala gana, o se negaban a aceptar. Pertenecían a una antigua generación que aún desconfiaba de la luz eléctrica. Foch pensaba que el aeroplano era una necedad. Kitchener rechazó el carro de asalto calificándolo de «juguete», y Von Hindenburg, al serle advertida la presencia de los tanques entre las filas aliadas, repuso desdeñosamente: «La infantería alemana puede pasarse muy bien sin esos extraños carricoches.» El eficaz mortero Stokes fue rechazado en dos ocasiones por el Ministerio de la Guerra británico, y finalmente fue introducido por Lloyd George, quien obtuvo el dinero de un maharajá indio para financiarlo. En los elegantes castillos donde los generales clavaban alfileres con cabezas de colores en los lucidos mapas, todas esas novedades eran consideradas como una perfecta necedad. Los mariscales de charreteras relucientes depositaban toda su confianza en las grandes masas de caballería —aún en 1918 el general John J. Pershing, de Estados Unidos, atestaba sus almacenes de suministros con forraje para los inútiles caballos—, y sus inmediatos subordinados raramente se trasladaban al frente, donde una guerra muy distinta se estaba llevando a cabo (22).

En ese frente, junto a los montones de chatarra de la «tierra de nadie», los grandes ejércitos se agazapaban año tras año a lo largo del territorio francés, llevando una vida de trogloditas en las cuevas de las trincheras, iluminadas con velas. Los eficaces prusianos excavaron profundos emplazamientos para sus pesados cañones Krupp —poseían un número diez veces mayor de cañones de largo alcance que los Aliados—, y exhibían cartelones de propaganda *(Gott strafe England; Frankreich, du bist betrogen).* Algunos se dedicaban a enseñar alemán a los niños franceses, mientras los Aliados contraatacaban furiosamente. Las acciones de guerra

que siguieron fueron llamadas batallas, pero aunque se realizaban a una escala considerable —60.000 jóvenes ingleses se perdieron en un solo día en el Somme—, estratégicamente no eran sino asaltos de asedio.

Cada uno de los ataques enemigos hallaba más sólidamente establecidas a las defensas alemanas. En las cartas que dirigían a la patria, los soldados llamaban a sus oponentes «*Kanonenfutter*», carne de cañón, y los aludidos se hubieran mostrado del todo de acuerdo con el apodo. Los *poilus* y *tommies* que reptaban sobre sus parapetos al amanecer, debían aguardar tendidos de bruces a que los silbatos de sus oficiales anunciaran la hora cero para enfrentarse con numerosas barreras de alambre de espino tan grueso como el pulgar de un hombre, y que estaban defendidas por innumerables *soldaten*. Para ganar unas pocas trincheras había que pagar un precio enormemente elevado —tomar setecientas yardas de terreno desmantelado costó 26.000 hombres—, y después de eso la situación de asedio comenzaba de nuevo. En los respectivos países los periódicos hablaban de «golpes demoledores» y de «gran avance», pero los soldados sabían que la verdad era muy distinta. Uno de estos combatientes aseguraba que la guerra duraría cien años, cinco luchando y noventa y cinco colocando alambradas (23).

El frente occidental se había convertido en un terrorífico infierno, con una existencia terrible que no podía concebir alguien que no tuviera la imaginación de un Julio Verne. Algo traía a veces el recuerdo de los días anteriores a la guerra: los pájaros que gorjeaban sobre el paisaje casi lunar del frente, en los grises amaneceres; los grandes bosques de álamos amarillos situados detrás de las trincheras; pero por lo demás, los sonidos y colores no parecían de este mundo. Por encima los proyectiles silbaban incesantes, mientras que debajo las granadas estallaban con estruendo horrísono. El resplandor rojizo de las bengalas Very resultaba espectacular; la metralla alzaba pequeñas humaredas azafranadas, y la neblina amarilla del gas de mostaza cubría el suelo. Pocas eran las plantas que sobrevivían en semejante terreno. Los árboles quedaban reducidos a astillas, y las siluetas de sus troncos se recortaban contra el cielo como los dientes de un peine roto. Los nuevos reclutas llegaban en camiones de ganado y se dirigían a los lugares asignados, donde todo giraba en torno a la trinchera: tenían un cuchillo de trinchera, un bastón de trinchera, un periscopio de trinchera, y si la suerte no acompañaba al combatiente, éste tenía también fiebre de trinchera, labios de trinchera y pies de trinchera.

Los supervivientes eran aquellos que desarrollaban rápidas reacciones ante el peligro. Los jóvenes y avispados soldados aprendían a agacharse a tiempo para eludir los proyectiles, en cuanto escuchaban el sonido unas cuantas veces. Pero también sabían que llegaría un momento en que agacharse resultaría inútil. Si se trataba del servidor de una ametralladora alemana Krupp-Maxim, sabía muy bien que la duración de su vida había sido calculada en unos treinta minutos, como promedio. Con el tiempo llegaron a no sentirse impresionados con la muerte, y a prestar poca atención a las lamentables condiciones de la vida que llevaban. Algunos usaban las granadas de mano para obtener pescado en las lagunas francesas y los artilleros barrían las líneas enemigas con sus cañones de enfriamiento hidráulico, a fin de que hirviera el agua para la *Suppe*. Después de tomar una trinchera tenía lugar una especie de pequeño saqueo, ya que podía encontrarse algo útil, como tornillos, relojes e incluso una dentadura postiza que tal vez sirviera a algún soldado (24).

Para los jóvenes idealistas, esta aborrecible vida era consecuencia de una crisis espiritual. Habían marchado a los compases de *Die Wacht am Rhein* o de la *Marseillaise*, o de *Tipperary*, soñando con entorchados y

heroismo. Cuando se dieron cuenta de que su generación se estaba desangrando, y que las listas de bajas de un día eran más largas que la del anterior, los más reflexivos de ellos se mostraron asombrados, y al fin cayeron en el cinismo o la desesperación. Erich Maria Remarque, que al comenzar la guerra había sido estudiante en un *Gymnasium* de Westfalia, se preguntaba por qué los partes insistían en que todo estaba tranquilo en el frente de guerra; el inglés Harold Macmillan se aplicaba al estudio de Horacio; el autor de *Kepp the Home Fire Burning* recibió un tiempo de permiso y se recluyó en su piso de Londres, quemando incienso mientras vestía una bata de seda. Siegfried Sassoon arrojó su Cruz Militar al mar y escribió acerbamente:

> «...Jamás podrías imaginar el infierno adonde los jóvenes y las risas van.» (25).

Estos eran los sensibles, pero la mayoría de los soldados luchaban sin contemplaciones. Les habían inculcado el valor, la fidelidad a los nombres de *Gott, God* o *Dieu,* y con un encogimiento de hombros se sacrificaban en aras de una civilización que se desvanecía con ellos. Observados a través de la perspectiva del tiempo, parecen haber estado marcados por un tranquilo sentido del deber que sólo podía ser instintivo. En esa guerra, dijo Dick Diver al visitar las antiguas trincheras, en *Tender Is the Night,* de F. Scott Fitzgerald: había que tener un fondo sentimental que fuera más allá de lo que uno pudiese pensar. Había que recordar las Navidades, las postales del Kronprinz y de su novia, los pequeños cafés de Valence, los bares al aire libre de Unter den Linden, las bodas en la *mairie,* las tardes de Derby y las patillas del abuelo. Según manifestó, esa era «la última batalla del amor» (26).

En las ofensivas de los soldados de la Entente, las líneas avanzaban pocos pasos al día, «dejando a los muertos —decía Dick Diver— como un millón de alfombras sangrantes». Para las Potencias Centrales el transcurso de los acontecimientos era algo muy diferente. Después de su fracaso en los intentos de tomar Verdún, el frente occidental resultó relativamente tranquilo para las tropas de asalto. En los demás frentes las noticias abundaban, sin embargo, y casi todas eran favorables para los alemanes y sus aliados, aquéllos sentíanse hechizados por la fe de Clausewitz en la «batalla decisiva», en la doctrina napoleónica de los «grandes batallones». Ludendorff, por su parte, calificó la actuación en los demás frentes como «acciones secundarias». Pero éstas eran las que estaban ganando la guerra para los alemanes. Favorecidos por las líneas de comunicación interiores, no necesitaban arriesgarse a efectuar operaciones anfibias, como la desastrosa de Inglaterra en Gallipoli. Podían atacar en cualquier parte mediante el envío de algunos trenes a base de un horario prefijado, y conforme pasaban los días se aplicaron a aniquilar cada otoño uno de sus débiles enemigos orientales, lo que les permitía enviar más tropas al frente de Francia.

En 1914, los alemanes derrotaron a los rusos en Tannenberg; en 1915 Bulgaria se les unió para dejar a Servia fuera de combate; en 1916 le llegó el turno a Rumania. Los rumanos habían duplicado el volumen de su ejército en los dos años anteriores, pero estratégicamente se hallaban aislados, y un contingente de tropas alemanas, que habían sido retiradas de Verdún, invadió los Cárpatos. Poco antes de que las nieves invernales cerrasen los pasos de montaña, irrumpieron en el país y Rumania capituló. El panorama no podía ser más desolador en el Este. En el Cercano Oriente ocurría aproximadamente lo mismo —sólo las partidas de soldados que montaban en camellos y que dirigía un joven arqueólogo inglés

llamado T. E. Lawrence ofrecían una sombra de esperanza—, y en 1917, mientras una serie de Gobiernos revolucionarios derivaban cada vez más hacia la izquierda en Rusia, Ludendorff envió una falange de divisiones seleccionadas para reforzar el sector austríaco de Caporetto, en Italia. El 24 de octubre atacaron los Alpes Julianos en medio de una espesa niebla. Fue un golpe espectacular, y los italianos se derrumbaron. Al cabo de veinticuatro horas los alemanes avanzaban arrolladores, y a fines de noviembre los aterrados venecianos escondían los caballos de bronce de San Marcos y se disponían a huir. Cuando los defensores se reunieron al fin, habían perdido 600.000 hombres. Hasta el más ardiente defensor de la *gloire* se mostró de acuerdo en que la guerra parecía muy poco propicia.

Y no fue eso lo peor. El año 1917 fue para Francia una pesadilla de horror. Tanto los franceses como los ingleses se sintieron arrogantes en la primavera, y cada uno había planeado independientemente su batalla decisiva en el Oeste, con cuyo objeto reunieron sus tropas en masa. Los franceses pensaban iniciar el ataque con una «ofensiva ilimitada», bajo la dirección del nuevo condestable, Robert Georges Nivelle, que había remplazado al bovino Joffre. Por desgracia el plan de ataque de Nivelle llegó a conocimiento de Ludendorff. La ofensiva apareció anunciada en los periódicos, y las órdenes circularon a un bajo nivel incluso de compañías, lo que hizo que los alemanes capturasen soldados que estaban al corriente del ataque. Nivelle supo esto, y también se enteró de que Ludendorff estaba proyectando una retirada estratégica llamada *Alberich* —por el enano maligno de la leyenda de Los Nibelungos—, durante la cual se cegarían los pozos y se colocarían trampas en el terreno abandonado. El comandante francés insistió en no modificar para nada su plan. Con eso lo que hizo fue estropearlo todo. La nueva línea defensiva alemana era el prodigio de un defensor, una máquina de machacar *poilus*. Los intentos de ataque contra ella se convirtieron en una matanza, y en el momento en que hubo un respiro se inició una rebelión entre las tropas francesas, a las que se habían convencido de que lograrían una fácil victoria. Lo cierto es que Francia había quedado incapacitada para seguir luchando.

Entonces los Aliados se volvieron desesperadamente hacia Haig, el cual respondió proporcionándoles el horror de Passchendaele. Atacando desde la antigua Ypres —estratégicamente deficiente, pero sagrada desde la anterior resistencia de los ingleses en 1914—, Haig apuntó directamente hacia los puertos de los submarinos de Krupp en Bélgica. No logró su objetivo, y ello no constituyó ninguna sorpresa. Un bombardeo preparatorio sólo consiguió destruir una red de alcantarillado. El agua, no teniendo otro sitio por donde desbordarse, inundó las trincheras inglesas, y para empeorar la situación, las lluvias de esa época fueron las peores caídas en treinta años. Después de tres meses en sus húmedos agujeros, los ingleses apenas habían tomado el pueblo de Passchendaele. Su ejército se hallaba extenuado. En Londres los trenes ambulancias descargaban de noche los heridos, que eran trasladados hasta sus domicilios por la noche, a fin de no mermar la moral de los civiles. En los campos de Flandes las amapolas florecieron entre las cruces que fila tras fila señalaban las tumbas donde yacían 150.000 ingleses.

Y sin embargo, el penúltimo año de la guerra no se recuerda por la derrota italiana, ni por la rebelión francesa o la insensata matanza de la juventud inglesa, debido a dos acontecimientos producidos fuera de Europa que eclipsaron aquellos lamentables hechos. El primero fue la entrada de Estados Unidos en la guerra. Von Bernstorff había enviado innumerables despachos desde Washington suplicando a Guillermo que

no reanudase la guerra submarina sin cuartel, pero como el bloqueo aliado se hizo cada vez más intenso, el Más Alto se vio forzado a tomar una decisión. Krupp había construido una flota de 148 submarinos, e Hindenburg y Ludendorff querían emplearlos. A comienzos de 1917, Su Majestad tuvo lo que a él le pareció una brillante idea. Hizo que su ministro de Asuntos Exteriores telegrafiara al Gobierno mejicano sugiriéndole que invadiera Estados Unidos para recuperar de ese modo Texas, Nuevo Méjico y Arizona. Si se combatía a los norteamericanos en su propio país, dijo el kaiser a sus asombrados cortesanos, Estados Unidos no atacarían a las potencias centrales. Por desgracia, los ingleses descifraron el telegrama, cuyo contenido fue publicado por todo Estados Unidos, haciendo surgir un resentimiento considerable, especialmente en Texas. Para entonces el Generalstab no cesaba de pedir más acción, de modo que el kaiser hizo llamar a Gustav, y le dijo que la construcción de submarinos debía tener primacía absoluta. Krupp corrió hacia Kiel y comenzó a reorganizar totalmente el Germaniawerft. En los meses siguientes el Atlántico se vio cruzado por la estela de los torpedos germanos. El presidente Wilson trató de eludir lo inevitable armando a los buques mercantes, pero como los entusiasmados comandantes alemanes empezaron a hundir barcos norteamericanos que se dirigían a Estados Unidos, renunció en su empeño y el 6 de abril el Congreso declaró la guerra (27).

Al principio la jugada alemana pareció que valía la pena correr ese riesgo. Aunque los Aliados hundieron cincuenta submarinos, Krupp mantuvo en 134 unidades el número de submarinos del Reich hacia octubre, y la destrucción de naves aliadas excedió en mucho a lo que los alemanes habían previsto. Sólo en abril echaron a pique 875.000 toneladas, la mitad de ellas de buques británicos. El almirante inglés Jellicoe declaró al almirante norteamericano Sims que la campaña de los submarinos alemanes tenía a su país de rodillas. Los racionamientos se volvían cada vez más rigurosos y los alimentos escaseaban. El Gobierno hacía todo lo que podía —se enviaron notas de reclutamiento a los tullidos, ciegos, locos, y a veces hasta a los muertos—, pero eso no era bastante. Un buque de cada cuatro era enviado al fondo del mar por los alemanes. Sólo había reservas de maíz para seis semanas en Inglaterra. Jellicoe predijo una rendición aliada para el primero de noviembre. Por fin el almirantazgo aceptó la sugerencia de Lloyd George: los convoyes de barcos mercantes. En sus comienzos la idea tuvo un éxito prometedor. Al mismo tiempo el incremento en la construcción de destructores y el perfeccionamiento de las cargas de profundidad hicieron disminuir el peligro que originaban los submarinos de Gustav. Había aún suficientes naves británicas como para tender un puente a través del Atlántico, a fin de trasladar a la fuerza expedicionaria norteamericana, cuya necesidad tanto se hacía sentir (28).

Fue una carrera contra el tiempo, ya que el segundo acontecimiento de 1917, las victorias alemanas en el Este, eliminaron este frente y dieron a los germanos una abrumadora superioridad numérica en el Oeste. En noviembre los bolcheviques se hicieron con el poder en Rusia y negociaron la paz. De la noche a la mañana cambió el cariz de la guerra. Ludendorff cambió a puñados los alfileres de los mapas hacia el frente occidental, y la locomotora imperial de Guillermo se trasladó a todo vapor hasta el cuartel general de Hindenburg y Ludendorff, en la pequeña ciudad francesa de Avesnes, al sudeste de Valenciennes, a fin de presenciar el triunfo de las armas alemanas. Nadie sospechaba que a S. M. le sería negada esa victoria. El armisticio con el nuevo Gobierno ruso había dejado en libertad a tres mil cañones Krupp y a un millón de soldados alemanes, los suficientes para reforzar enormemente los efectivos de Ludendorff, siempre que atacara antes de que el dudoso poderío norteame-

ricano entrase en la lucha. Preparó Ludendorff un brillante plan de tropas de asalto, bombardeos por sorpresa, empleo de gases e infiltraciones relámpago, y llamó a la operación *Kaiserschlacht* (batalla del kaiser). Hindenburg prometió al emperador que estaría en París el primero de abril.

Ludendorff conocía bien a sus enemigos. El primer golpe del *Kaiserschlacht*, llevado a cabo el 21 de marzo, se dio en un débil punto de unión de las fuerzas francesas y británicas en el valle del Somme. El objetivo germano era Amiens, por donde pasaba la única línea de comunicaciones entre los dos aliados. Después de un terrible cañoneo de las piezas de Essen, los alemanes lanzaron al asalto una fuerza cinco veces superior a la de Verdún. Por la noche las líneas enemigas quedaron destrozadas por varias partes. Durante el segundo día, los británicos, debilitados por el desastre de Passchendaele, retrocedieron diez millas. La brecha se hacía más grande con cada hora que pasaba. Al sexto día la línea de ferrocarril entre Amiens y la capital quedó cortada. Luego las tropas de asalto, hambrientas, se dedicaron al pillaje; los *tommies* resistieron tercamente, y Ludendorff se preparó para el golpe siguiente en Bélgica, en abril. De nuevo rompió el frente, esta vez sobre una extensión de treinta millas. Todo lo que Taig había ganado seis meses antes estaba perdido. El enemigo se hallaba a cinco millas de Hazebrouck —un vital enlace de ferrocarriles—, y de su meta, cuando Ludendorff vaciló. No sabía cómo explotar el éxito de la captura de la colina más alta de Flandes, y para el momento en que tomó una decisión, los tozudos ingleses se habían asentado firmemente. Sólo le quedaba un segundo camino, pero no conducía a París.

A pesar de todo, Ludendorff no dudó que la capital caería. Habiendo atacado dos veces con éxito, no vaciló en hacerlo por tercera vez. Los Aliados quedaron consternados. «¡Estamos luchando entre la espada y la pared!», dijo Haig a sus tropas. El mariscal Foch, que en su hora más negra fue hecho generalísimo de todos los ejércitos, exigió una defensa del terreno «palmo a palmo», mientras Pershing colocaba todos sus muchachos a disposición de Foch. Resulta curioso que fueran los americanos, los bisoños, quienes eligieran el lugar donde iba a estallar la tormenta más fuerte. El monte Chemin des Dames, situado al norte del Aisne, era una fortaleza natural tan inexpugnable que los franceses no le concedían mucha importancia; lo cierto es que colocaron allí cinco extenuadas divisiones británicas, que más parecían ir en busca de un descanso. No obstante, era el sector más cercano a París. El plan de Ludendorff consistía en abrirse paso por allí y avanzar hacia la capital. Esperaba que todas las reservas aliadas se reunieran para defender la capital, y entonces llevaría a cabo su plan dando un rodeo.

Los preparativos de Ludendorff fueron minuciosos. Nadie tomó en serio unas sospechas que manifestaron los americanos, ya que no se apreciaba actividad alguna en las líneas alemanas. Los puestos de observación aliados no informaron nada notable, y las fotografías aéreas tampoco indicaron peligro alguno. En apariencia, ni siquiera había artillería alemana por aquella zona. Sin embargo, allí se encontraban cerca de 4.000 cañones Krupp, sólo que no se les podía ver. Se los trasladó por la noche y los ocultaron en los bosques. El transporte se llevó a cabo en carruajes cuyos caballos llevaban los cascos envueltos en trapos, y por este medio Ludendorff consiguió reunir catorce divisiones de las mejores en un bosque de árboles gigantescos situados al otro lado de la colina.

En la mañana del 27 de mayo los atacantes surgieron como de la nada detrás de un torbellino de gases y de granadas. Las filas inglesas se desintegraron, y al anochecer los alemanes habían avanzado doce millas.

Cruzaron el río Vesle, y continuaron adelante, con sus botas retumbando sobre el suelo y las guerreras *feldgrau* agitándose a impulsos del viento. Al quinto día, cuando cayó Soissons, habían traspasado cinco líneas defensivas francesas. Ya no había más, después de eso. Se hallaban ante el Marne, a sólo treinta y siete millas de la Torre Eiffel, en un lugar llamado Château-Thierry. El Supremo Consejo de Guerra aliado se reunió apresuradamente. Los mariscales franceses estaban de acuerdo en que los norteamericanos no estarían preparados hasta 1919, pero como nadie más podía ayudarles, pidieron el concurso de la infantería de marina de Estados Unidos.

Después de una marcha que duró toda la noche, los regimientos 5.° y 6.° de infantería de marina quedaron distribuidos por la carretera que conducía hacia París. Frente a ellos había un ondulado campo de trigo, lleno de rojas amapolas, y unas cuatrocientas yardas más allá se hallaba un espeso bosquecillo de arbustos oscuros. Era el bosque Belleau, y por él avanzaban dos divisiones alemanas, que atacarían en cualquier momento en formación compacta. Un agitado oficial francés manifestó a los norteamericanos que no había ninguna línea aliada formada en aquella zona, y que no la habría si ellos no la constituían. Por otra parte, resultaba desmoralizador ver a los lugareños huir con sus enseres domésticos, algunos utilizando cochecillos de niños. Uno de ellos gritó: «*La guerre est fini!*», y un norteamericano le contestó: «*Pas fini!*», dando así ese nombre a aquel sector.

Durante cinco días los infantes de marina resistieron en cinco millas de Pas Fini contra las compactas columnas de uniformes pardos que llegaban atravesando el campo de trigo. Los alemanes informaron haber encontrado «unidades de choque» enemigas, y Clemenceau anunció que los norteamericanos habían salvado a París. A continuación éstos pasaron a la ofensiva, arrollaron el bosque Belleau, y se convirtieron en héroes nacionales de su país, donde el *New York Times* publicó con grandes titulares: «NUESTROS VALIENTES MARINES AVANZAN 2 ½ MILLAS; NADA DETIENE SU MARCHA.» De los ocho mil soldados que se habían apostado en la carretera al comienzo de la acción, sólo quedaron dos mil. De ellos un centenar recibió la Cruz de Servicios Distinguidos (29).

Pershing disponía ahora de un millón de norteamericanos en Francia. Los iba situando poco a poco sobre las líneas aliadas, y cuando los alemanes quisieron celebrar el Día de la Bastilla atacando de nuevo y precipitando la segunda batalla del Marne, cinco divisiones norteamericanas iniciaron el ataque. Las esperanzas de Ludendorff se iban desvaneciendo junto con las amapolas del verano; había dado una gran publicidad a su ofensiva del día 14, la que llamó *Siegessturm* (ataque victorioso), e incluso había ordenado que se erigiera una elevada torre de madera detrás de las líneas, para que el kaiser pudiera observar las operaciones. Guillermo permaneció seis días en la torre, mirando a través de los anteojos las manchas distantes y tratando de descubrir cuáles eran sus tropas. Cuando descendió sombríamente, todas las noticias eran malas. El ataque final había fallado. Esta vez los alemanes ni siquiera habían logrado infiltrar una cuña. La moral se hundía rápidamente. Las cartas que llegaban de la retaguardia hablaban del hambre que pasaban las familias de los soldados, y los intendentes distribuían ropas de mujer entre los combatientes. Entonces se presentó lo que Ludendorff llamó «*der schwarze Tag*» (la jornada negra) de la guerra. El ocho de agosto los ingleses reunieron cerca de quinientos carros de asalto en el frente de Amiens, destrozaron las líneas alemanas y avanzaron ocho millas. Era como un presagio. Esa misma semana Ludendorff manifestó sus deseos

de renunciar al mando. Fue sustituido, pero ya se había vuelto la tortilla. De allí en adelante el Generalstab se ocuparía de pensar, no en la victoria, sino en llegar a un acuerdo con los Aliados para salvar al ejército (30).

El Más Alto no acababa de convencerse de lo que ocurría. En lo más álgido del *Siegessturm*, Guillermo había otorgado a Hindenburg, la Cruz de Hierro con Corona Dorada, la segunda que se entregaba en la historia de Alemania. (La primera fue concedida a Blücher después de la derrota de Napoleón.) Luego el kaiser dijo en voz baja a Ludendorff y a los demás oficiales, después de la tremenda derrota del 8 de agosto: «Comprendo ahora que hay que llegar a una situación de equilibrio... La guerra debe terminar... Les espero dentro de unos días en Spa, caballeros.» Y sin embargo, la conferencia de Spa, seis días después, no permitió llegar a ninguna conclusión. Guillermo aún tenía la creencia de que la dinastía Hohenzollern podría salvarse instituyendo una genuina democracia parlamentaria en Alemania. Y de todos modos, tampoco había abandonado la esperanza de que se consiguiera una solución satisfactoria en el campo de batalla (31).

Guillermo soñaba despierto, pero era un hombre razonable, comparado con Krupp. Según las palabras de un escritor alemán, Gustav padecía una total incapacidad para «admitir que la guerra estaba perdida... Esta ignorancia ponía persianas a su mente, las que le impedían ver lo que estaba ocurriendo realmente». Según sus cálculos, Ludendorff debía triunfar de un momento a otro. El ejército había derrotado a los enemigos de la patria en todos los frentes excepto uno, y en éste las tropas alemanas se mantenían profundamente dentro del territorio francés. A semejanza de Alfred Krupp, Gustav envió cañones para que bombardeasen París. El paralelo histórico era demasiado evidente para poder negarlo. Kaiser, Reich, Volk y Kanonenkönig prevalecerían juntos (32).

El bombardeo de la capital francesa coincidió en 1918, casi día por día, con la ofensiva de Ludendorff. Comenzó el 23 de marzo, justamente cuarenta y ocho horas después de iniciado el primer ataque, cuando los especialistas artilleros se hicieron cargo de la eminencia de Laon, cerca de Crépy, y concluyó en la mañana siguiente al aciago día del 8 de agosto. Durante esos 139 días se lanzó una granada cada veinte minutos. El bombardeo fue al azar, sin fines precisos, y más que ningún otro acto incluidos los submarinos, fue identificado con el nombre de Krupp. También era, sin duda, una notable proeza técnica. Aunque el mundo conocía a este cañón como *Gran Bertha* (un error que aún persiste actualmente, incluso en Essen), lo cierto es que no había parecido alguno entre el rechoncho obús de asedio que ganó para Alemania la primera batalla de la guerra, y el largo y estilizado *Pariskanone* que desempeñó un papel tan espectacular durante las últimas embestidas. El *Gran Bertha* lanzaba un proyectil de una tonelada a nueve millas de distancia, mientras que la granada del *Pariskanone* pesaba menos de la cuarta parte de la de aquél —variaba entre 200 y 230 libras—, y su calibre era de 21 cm, la mitad del que presentaba el obús. Lo extraordinario del *Pariskanone* era su alcance. En un principio había sido diseñado como cañón naval. En otoño de 1914, Rausenberger, ensayando en Meppen un modelo primitivo, perfeccionó un tubo que podía disparar a treinta y una millas de distancia. En cuarenta y un meses de experimentación aumentó este alcance a ochenta y una millas, al tiempo que incrementaba su exactitud. Así fue cómo a pesar de que Laon se hallaba a setenta y siete millas de la capital, la primera granada estalló en el mismo centro de la Plaza de la República (33).

La marina alemana aún consideraba el arma como propia, y fue manejada por una dotación de sesenta hombres mandados por un almirante. Todos habían sido entrenados para esa tarea especial, ya que aquel prodigio de 150 toneladas exigía un cuidado excepcional. La diferencia de treinta libras entre los proyectiles tenía un propósito. A los marinos se les había enseñado que cada uno de los proyectiles debía ser *vorgewärmt* (precalentado) en una cámara especial, antes de ser disparado, y que después de cada disparo el cañón debía ser rectificado en su posición. Pero hasta la observación de los detalles más minuciosos no podía eludir las leyes de la metalurgia. Los disparos ensanchaban el ánima ligeramente, y por tal razón los alargados proyectiles iban numerados, siendo cada uno ligeramente más largo y ancho que el anterior. Aunque oficialmente inscritos como granadas de 8,3 pulgadas, en la práctica variaban entre 8,2 y 8,4 pulgadas. Después de 65 disparos, el tubo del cañón resultaba inservible y debía ser remplazado.

El nombrar a un oficial jefe de la armada para un solo cañón puede parecer absurdo, pero lo cierto es que aquél tenía a su cargo un cuadro de mandos tan amplio como el de un acorazado. Complicados cálculos de alta matemática precedían al disparo de cada proyectil. El oficial comandante y sus ayudantes examinaban concienzudamente los últimos datos sobre presión atmosférica, humedad y temperatura, y tenían también en cuenta, dado el largo alcance, la curvatura de la tierra. Como no había observador artillero que pudiera ver a ochenta millas de distancia, los datos de los espías situados en el interior mismo de París eran los que informaban sobre la exactitud de los disparos.

Al llegar el momento del disparo, se avisaba por teléfono a treinta baterías que se hallaban en los alrededores del enorme cañón, y todas abrían fuego a la vez para confundir a los aliados y evitar que localizaran el *Pariskanone*. De todos modos, en un aeródromo cercano había cuarenta aparatos Fokker preparados para remontar el vuelo para, en caso de que se localizase la colosal pieza, enviar aviones de bombardeo a destruirla. Después de ser disparado, el proyectil se remontaba en el cielo, alcanzando su máxima altura de treinta y seis millas en la ionosfera, antes de comenzar su descenso hacia el objetivo. Al acercarse a la capital, su sonido era el de un gigantesco *dachsund* rugiente. Los resultados obtenidos variaban bastante. En veinte semanas, el cañón mató a más de un millar de parisienses, si bien había días en que los agentes informaban que sólo se habían destruido unas cuantas cornisas. El número más elevado de bajas fue el conseguido el 29 de marzo, día de Viernes Santo, en que una granada atravesó el techo de la iglesia de San Gervasio y estalló en el crucero durante la misa, dando muerte a noventa y un fieles e hiriendo a más de un centenar. Pero en conjunto, los resultados apenas justificaban los 35.000 marcos que costaba cada disparo. «*Sie sorgt nur für neuen Hass gegen Deutschland*». («Sólo hizo que Alemania fuera odiada más que nunca»), escribió Gert von Klass (34).

Al terminar el verano, todos odiaban a Alemania, incluyendo un buen número de alemanes. Hambrientos y mal albergados, los súbditos del kaiser habían puesto todas sus esperanzas en las trascendentales ofensivas de primavera. Ahora se veían sin nada y en ellos alentaba la rebelión. Las noticias del frente occidental eran cada vez peores. Los ingleses y franceses volvieron a tomar Royo, Bepaume, Noyon y Péronne, mientras que los norteamericanos convergían por ambos flancos sobre el ángulo de Saint Michel. De pronto, Guillermo decidió inspeccionar los talleres de Essen, y envió por delante a la emperatriz. El ubicuo Ernst Haux estuvo presente cuando Augusta Victoria pasó ante una fila de altos funcionarios de la Gusstahlfabrik, prendiendo condecoraciones en las solapas de sus

levitas. En tal ocasión, Haux escribió: «No parecía tan robusta entonces como en anteriores visitas, cuando su apariencia caracterizaba con toda realidad a la madre de siete espléndidos pequeños. Ahora tenía un aspecto muy frágil. Se decía que tomaba un fuerte medicamento para mantenerse delgada. Afuera rugía una tormenta mientras la emperatriz recorría la larga fila, dirigiendo unas breves palabras amistosas a cada persona.» Haux reflexionó sombríamente que hasta el tiempo se ponía en contra de Alemania (35).

Krupp fue informado de que Su Majestad en persona llegaría el lunes 9 de setiembre. Descansaría en sus habitaciones de Hügel, observaría cómo se estaban llevando a cabo las tareas de guerra y se quedaría luego a pasar la noche. Automáticamente, Gustav tendió la mano hacia un lápiz y preparó el siguiente programa:

*Lunes, 9 setiembre*

15,00 horas. Salida de Villa Hügel.
15,15. Llegada al Hauptverwaltungsgebäude. Observaciones iniciales, con mapas y cartas.
15,50. Sala de máquinas I.
16,10. Taller IV de cañones.
16,30. Taller I de cilindros de retroceso. Taller III de cañones... (36).

Y así se hizo. O mejor dicho, así imaginó Gustav que saldría todo. El kaiser se hallaba inquieto, y se dio prisa durante el prolongado recorrido, que continuó durante el martes con visitas a los talleres de prensado en caliente, talleres de espoletas, de torneado de proyectiles, y luego al polígono de tiro de Essen. Después de comer en el restaurante del Friedrichshalle —Gustav le había calculado solamente veinte minutos para la comida—, el kaiser carraspeó, dispuesto a hablar. Lo que deseaba realmente, dijo, era tener una ocasión para dirigirse a aquellos hombres. En el pasado le habían elegido auditorios de empleados principales y capataces de confianza para que le escucharan, pero esa vez estaba decidido a hablar a los mismos Kruppianer. Cuando el kaiser entraba por la puerta número 28 del Hauptverwaltungsgebäude, Haux notó que el emperador había estado con el peluquero poco antes. «Llegó con las patillas rizadas —escribió—, del modo como se le representaba entonces en las monedas, y llevaba una correa de cuero sobre un hombro del uniforme, según costumbre de los oficiales ingleses, detalle que no se había introducido en el ejército alemán. Empuñaba un bastón de paseo, con una pequeña hacha por empuñadura, que le habían obsequiado los húngaros.» (37).

Señalando con su bastón hacia la cima de un gran montículo de carbón, Guillermo manifestó que podía hablar desde allí. Krupp se horrorizó, ya que el kaiser vestía su uniforme de *feldmarschall,* con la dorada águila prusiana coronando el reluciente casco. Una excursión a la cúspide del montón de coque le haría quedar en las mismas condiciones que un carbonero. Alfred tampoco hubiera consentido «eso». Así, pues, Gustav afirmó del modo más diplomático que la plataforma oratoria no le parecía adecuada, pues sólo los que estuvieran delante podían oír al soberano. Krupp señaló un gran cobertizo que había por allí cerca, y Guillermo se dirigió a grandes zancadas hacia él, esquivando las grúas. En tan corto tiempo resultaba imposible elegir trabajadores políticamente dignos de confianza, y los capataces tuvieron que reunir a los que se hallaban en las proximidades. Se congregó a unos 1.500 fundidores, que,

entre impasibles y curiosos, aguardaron con sus camisas de papel y sus zuecos de madera a que el emperador ascendiese a un estrado no muy alto, para pronunciar el que sería su último discurso en el Ruhr. «*Miene Freunde!*», comenzó diciendo, y se lanzó a una fogosa arenga:

> «Sólo es cuestión de hacer un supremo esfuerzo; la situación depende de eso... Hay despego en el interior del país, pero no proviene de los corazones de la gente, sino que está artificialmente inspirado. Todo aquel que escuche esas desleales palabras, o que divulgue rumores en trenes, fábricas o en cualquier otra parte, está cometiendo un crimen contra la patria, y, en consecuencia, es un traidor que merece un duro castigo, sin importar que sea un conde o un obrero. Sé muy bien que todos vosotros estáis de acuerdo conmigo.» [*Ich weiss sehr wohl, dass ein jeder von euch mir darin recht gibt*] (38).

Resultaba cada vez más evidente que los obreros no estaban en modo alguno de acuerdo con él. Fuesen cuales fueren los sentimientos acerca de las fuerzas que luchaban en el frente, lo cierto es que al kaiser se le estaba tratando con una falta de respeto que antes jamás se había puesto de manifiesto. Pero él tenía la culpa, ya que nunca se mostró menos acertado que durante aquel último discurso en Essen. En una desdichada metáfora, les pidió que aguantaran del mismo modo que él lo hacía. «*Ich auf meinem Thron und du an deinem Amboss.*» («Yo, en mi trono, y vosotros sobre vuestro yunque.») En los talleres reinaba aquel día un calor bochornoso, y el contraste entre los sudorosos fundidores y el acicalado emperador resultaba lamentable. Los obreros se miraron socarronamente y murmuraron entre sí. Según hizo notar posteriormente en sus memorias un ayudante de Guillermo, «los gestos se volvieron sombríos, y cuando más se excitaba el emperador, más claramente podía apreciarse la reacción negativa de su audiencia». Y el evidente descontento de los Kruppianer irritó aún más al kaiser. Haux observó con tristeza que el soberano de Alemania citaba todos los tópicos manidos del *patriotische Blätter,* e incluso invocó el apoyo del Altísimo. Rogó a los trabajadores que permaneciesen a su lado, asegurándoles que Dios, que siempre había luchado junto a Alemania, no les abandonaría en aquel momento.

El kaiser habló rápidamente y en tono agudo. Olvidándose de su brazo tullido, el izquierdo, hizo frenéticos ademanes con el mismo, y dijo:

> «*Werdet stark wie Stahl, und der deutsche Volksblock, zu Stahl zusammengeschweisst, soll dem Feinde seine Krafth zeigen... Dazu helfe uns Gott! Und wer das will, der antworte mit Ja!*»

> «Sed fuertes como el acero, y la reciedumbre del pueblo alemán, soldado en un solo bloque acerado, demostrará al enemigo su fuerza. Aquellos de vosotros que se han conmovido ante esta llamada, aquellos que tienen el corazón en su lugar y que mantendrán su fe, que se pongan de pie y me prometan en nombre de todos los trabajadores de Alemania: ¡Lucharemos y resistiremos hasta el último hombre, con la ayuda de Dios! Los que quieran hacer eso, que me contesten ¡Sí!»

Hubo un denso silencio en el cobertizo. Según una relación oficial, uno de los últimos documentos en los archivos del Segundo Reich, el silencio fue seguido de un fuerte y prolongado ¡Sí!

De haber sido esto cierto, el Finanzrat Haux, el ayudante del emperador, y el periodista del *Essener Volkszeitung* —este último había tomado taquigráficamente el discurso de Guillermo— debieron haberse quedado momentáneamente sordos. Según la crónica sorprendentemente sincera aparecida en el periódico el 11 de setiembre de 1918, y que confirmaron las memorias de los Kruppianer supervivientes que asistieron al acto, no se oyó ni una sola respuesta afirmativa. Un hombre gritó: «*Wann ist endlich Frieden?*» («¿Cuándo tendremos paz?») Y otro exclamó: «*¡Hambre!*» Guillermo palideció. Visiblemente turbado, siguió con su arenga.

> «*Ich danke euch. Mit diesem Ja gehe ich jetzt zum Feldmarschall. Jeder Zweifel muss aus Herz und Sinn verbannt werden. Dazu helfe uns Gott. Amen. Und nun, Leute, lebt wohl!*»

> «Os doy las gracias. Con este ¡Sí! iré hasta el mariscal [Hindenburg]. Toda duda debe desaparecer de mi corazón y mi mente. Dios nos ayude. Amén. Y ahora, hombres, ¡adiós!» (39).

Condujeron a Guillermo directamente hasta el Hauptbanhof, en su largo automóvil gris. Luego su tren especial atravesó los talleres velados por los humos, pasó ante un ala de Villa Hügel, y avanzó hacia el oeste por las márgenes del plácido Ruhr. Pero no se dirigió al frente, como había dado a entender el kaiser, sino hacia los sedantes manantiales de Spa. El Más Alto tenía la moral muy baja, y necesitaba recuperarse. Lo mismo les ocurría a los altos funcionarios de Krupp, ya que Guillermo había dejado detrás de él una grave consternación administrativa. Haux calificó el episodio de «sumamente desagradable». Hasta frau Haux, que siempre fuera una ardiente partidaria del soberano, se sintió alarmada. En su diario, el Finanzrat escribió: «Mi mujer, que asistió a la reunión, se mostró muy apesadumbrada por el discurso.» Tan desastroso fue el resultado, que cuando los turnos cambiaron por la tarde, se extendió un rumor mucho peor que los que el orador lamentaba que se divulgara por Essen. El emperador se puso fuera de sí, se dijo, y los trabajadores habían intentado matarle. Era necesaria una negativa oficial, aunque ello resultara humillante. De todos modos, algo había de cierto en el rumor. Para los 1.500 trabajadores que se congregaron en el cobertizo, el kaiser era como si hubiese muerto. Mientras se mantuvo lejano, como algo mítico y poderoso, su aura se mantuvo intacta; mas al aparecer en carne y hueso, mostrándose como un tullido, una víctima desesperada de los acontecimientos, se rompió el hechizo. Un dios, como le habían creído, no podía ser derrotado; pero un anciano, y eso era realmente, podía ser vencido, e indudablemente ya lo había sido. Guillermo mintió cuando dijo que les había oído decir ¡Sí! Por lo tanto, el soberano estuvo engañándoles en todo lo demás, se dijeron los trabajadores.

Si los Kruppianer descubrieron sus sentimientos, Krupp, en cambio, no lo hizo. Nada se sabe sobre lo que pensó ante el espectáculo del cobertizo. De haber sido Alfred el propietario, hubiera redactado un torrente de notas, una serie de boletines en que minuto a minuto reflejaría sus espléncos pensamientos, o cuando menos el estado de su salud. Pero Gustav, a pesar de sus intentos por imitar al primer Rey de los Cañones, era una persona diferente. En tiempos de crisis adoptó un acatamiento y resolvió ver sólo lo que le convenía ver. Sin duda tuvo que prever la próxima capitulación, ya que había recibido informes fidedignos sobre la situación militar, procedentes de las mejores fuentes. A fines de agosto, Ludendorff reunió a Krupp, Duisberg, Stinnes y Ballin, les llevó hasta su mapa de campaña y les enseñó lo imposible que se habían torna-

do las cosas. Sugirió que los industriales fueran a ver al kaiser y le abriesen los ojos. Krupp, sin embargo, no podía abrir los ojos del soberano, porque los de él mismo se hallaban firmemente cerrados. En lugar de ello prestó crédito a las palabras de los allegados a Guillermo, quienes abordaron a los cuatro potentados y les dijeron que el general era demasiado pesimista, que el cariz de la guerra estaba a punto de cambiar, y que si iban a quejarse al emperador, éste nunca se lo perdonaría. Gustav asintió gravemente, los otros tres se encogieron de hombros, y la reunión se disolvió en aquel mismo lugar.

De haber sido tan seria la situación como el general manifestaba, parece haber pensado el Rey de los Cañones (sólo podemos juzgar por sus hechos, ya que no dejó constancia sobre nada de esto en el papel), Guillermo no habría tenido necesidad de que se lo dijera un cuarteto de negociantes de Hamburgo y del Ruhr. Y ciertamente, desde Essen la situación no parecía tan negra como Ludendorff la pintaba. El Germaniawerft seguía produciendo submarinos en masa, y a pesar de la marina británica nunca hubo tantos submarinos en el mar como entonces. Después del Día Negro, Berlín hizo un pedido urgente de 85 carros de asalto. Una línea de montaje se estaba instalando para construir los «extraños carricoches» que Hindenburg había desdeñado con tanta ligereza. El ejército quería coches blindados y cañones antiaéreos. Los proyectistas tenían ya preparados los planos, y la Gusstahlfabrik producía 4.000 granadas por hora y un reluciente cañón cada 45 minutos, mientras que desde el polígono de Meppen llegaban noticias de que se habían probado tres nuevas armas —un obús muy pesado, pero sumamente móvil y un cañón de campaña de cuatro pulgadas y otro de seis— que eran muy superiores a todo cuanto tenían los aliados en sus parques de artillería, y que bien podían abrir una amplia brecha en el frente occidental (40).

Resultaba muy grato saber eso, de modo que Gustav se pasó mucho tiempo pensándolo, y también examinando los libros de contabilidad de Haux. Estos eran para Gustav un espléndido material de lectura. El Konzern había pagado ya las nuevas construcciones, y logró un asombroso beneficio bruto de 432 millones de marcos. Claro que todo se hallaba en billetes (exceptuando el tesoro capturado en Holanda, asunto tan secreto que ni los miembros de la junta de directores lo comentaban entre ellos). Pero una victoria aliada podía convertir esa fortuna en papel de desecho. En realidad, si Ludendorff tenía razón, Krupp podía verse enfrentado con algo más que la ruina. Los diplomáticos de algunos países neutrales traían informes de fuentes aliadas según las cuales se habían redactado unas listas de criminales de guerra. Gustav se enteró indignado que su nombre figuraba entre los primeros. También leyó un irritante artículo de fondo que apareció el 4 de mayo de 1918 en el influyente *Littell's Living Age*. El periódico llegó al Ruhr ese mismo otoño, a través de Escandinavia, y uno de los directores, que entendía el otro idioma, al hojear el diario dio con el ofensivo artículo, en el que se manifestaba que el Kanonenkönig de Essen era tan responsable de la guerra como el propio emperador. Claro está que se trataba de otra jugada de Mühlon, aquel farsante *Schweinehund*. Mühlon acababa de publicar sus memorias con el asombroso título de *El vándalo de Europa: revelación de los entretelones de la política alemana de dominación mundial, y sus brutales consecuencias*, por Wilhelm Mühlon, antiguo director de Krupp. Era algo increíble. Pero Gustav conocía a los ingleses, y les sabía demasiado inteligentes para dejarse engañar por aquel truhán. No había duda de que estarían tan disgustados con aquel asunto, como él lo estaba. Sin embargo, le inquietó leer en Living Age: «El destino del país y de la firma están unidos, y si Alemania cae, Krupp y el Kruppismo caerán con ella» (41).

Mientras tanto, la realidad se hacía más evidente con cada fecha que pasaba. En una serie de batallas locales, el terreno que Ludendorff había ganado en la primavera iba perdiéndose de nuevo. Los alemanes eran rechazados a todo lo largo del frente, y Foch proyectaba un conjunto de ofensivas contra la línea Hindenburg. «Todo el mundo debe atacar tan pronto como pueda, tan fuerte como le sea posible, y durante tanto tiempo como pueda», manifestó, agregando luego: «*L'édifice commence à craquer. Tout le monde a la bataille!*» (42). En realidad, todo estaba bien organizado. Había un plan, y el ejército norteamericano era el eje del mismo. Las tropas de Pershing estaban en posesión de noventa y cuatro millas de la extrema ala derecha de la línea aliada. En el centro se hallaban los franceses, con los británicos a su izquierda y el rey Alberto de Bélgica hacia la costa, dirigiendo un grupo combinado que comprendía dos divisiones norteamericanas.

Mucho se esperaba del flanco mandado por Alberto, y bastante menos de la otra ala. Pershing actuaría como ancla de los Aliados. Estaba enfrentado con el punto más fuerte de la línea Hindenburg. Se trataba del amplio bosque del Argonne, dentro del cual los alemanes habían preparado cuatro posiciones que se extendían a lo largo de catorce millas, y que estaban integradas por guarniciones dobles protegidas por el fuego de las ametralladoras. Habían tomado toda clase de precauciones en aquella zona, debido a que el ferrocarril Sedán-Mezières, su única salida hacia Lieja y Alemania, se hallaba detrás de las espesuras de Argonne. Si perdían esa línea, las tropas germanas no podrían retirarse, y quedarían a merced de los aliados. Foch sabía la fuerte posición que tenía allí el enemigo, y por ello el jefe de las tropas norteamericanas debía resistir. Se unirían a los atacantes, pero su tarea principal sería mantener la posición, mientras los belgas quedaban en libertad por el otro extremo.

Pero los yanquis, que poseían las únicas tropas jóvenes que quedaban en Europa, estaban ansiosos de lucha. En cuanto a Foch, había tenido razón la primera vez: el edificio se estaba resquebrajando de arriba abajo. Cuando Pershing lanzó nueve divisiones bisoñas contra los alemanes, en la brumosa mañana del 26 de setiembre, la vanguardia de Ludendorff resultó arrollada, y los muchachos iniciaron una batalla bajo cuyo fragor tembló toda Francia.

Al principio, el bosque estaba envuelto en una neblina pegajosa, que impedía la visibilidad. Oficiales, mensajeros, puestos de mandos y hasta un batallón, todo se perdía entre la bruma. Una patrulla se desvaneció literalmente en fila india; los hombres no regresaron, y sus cuerpos nunca llegaron a encontrarse. No estaban entre los prisioneros de los campos de concentración, y aún hoy figuran en las listas de los desaparecidos. Luego el tiempo aclaró repentinamente. Los árboles se revelaron en todo su esplendor otoñal, con tonos cobrizos, dorados, purpúreos y de un rojo subido. Por todo el frente la guerra se acercaba rápidamente a un punto culminante. Alberto de Bélgica volvía a entrar triunfante en sus poblaciones situadas a orillas del Canal de la Mancha; los franceses hacían resonar sus campanas en los pueblecillos de los alrededores de Lille, que tanto tiempo habían permanecido en poder del enemigo, y los británicos se acercaban a Mons. Todo lo iba perdiendo el kaiser, incluso a las demás potencias centrales. Un ejército aliado que se quedó atascado en Salónica desde 1915, envió una cuña de montañeses servios contra Bulgaria, y el 20 de setiembre los búlgaros se rindieron. Ese mismo día los británicos tomaron Damasco. Turquía dejó de luchar, pero los italia-

nos se colocaron a la ofensiva, lo que significaba que el fin de Austria se hallaba cerca.

Cuando Pershing reanudó su avance, las últimas trincheras de los alemanes se perdieron, con lo cual Alemania se había quedado prácticamente sin frente. Exceptuando los impasibles cañones de Krupp, que mantuvieron calientes sus mortíferos tubos hasta el final, los soldados alemanes se habían convertido en una tropa desordenada de fugitivos. Carecían ya de toda moral. Durante esta última agonía, según escribió el sargento Alexander Woollcott en *Stars and Stripes*, la retaguardia alemana en Francia parecía un hombre acosado que «arroja una silla detrás de él para hacer que tropiece su perseguidor» (43). Con cada helado amanecer, los *poilus*, los *tommies* y los *doughboys* americanos proseguían su marcha arrolladora, empujando las filas de uniformes *feldgrau* más allá de las colinas de Bélgica y Luxemburgo. Aquello ya no era una batalla, sino una cacería. Los caballos, carromatos y camiones aliados, apenas si podían alcanzar a los veloces infantes. Una vez que Pershing tuvo en sus manos la vital línea del ferrocarril, éste dijo a sus comandantes que se olvidasen de los flancos y que pusieran en marcha sus camiones, para ver hasta dónde podían llegar. Con esta orden se inició una carrera frenética hacia Sedán.

En el interior del Reich, que se estaba desmoronando, todo aquel que podía hacerse oír del kaiser le rogaba que se rindiera mientras aún estaba a tiempo, fuesen cuales fueren las condiciones. Durante el tercer día de la gran ofensiva aliada, Hindenburg pidió que se hiciera una proposición de paz «inmediatamente». Durante el séptimo día, mientras se celebraba un consejo en Berlín, presidido por el Más Alto, Hindenburg insistió. «El ejército no puede esperar ni siquiera cuarenta y ocho horas», dijo. Esa misma noche, el *Feldmarschall* escribió que era absolutamente necesario «detener la lucha», y dos días más tarde informó desesperado que ya no había posibilidad de contener al enemigo. Wilhelmstrasse trató frenéticamente de ponerse en contacto con Woodrow Wilson por intermedio de Suiza, sugiriendo una paz basada en unas proposiciones que el mismo Wilson había hecho nueve meses antes. En aquel momento, el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* las había llamado desdeñosamente «los Catorce Puntos». Ahora era lo único a que podían aspirar los alemanes. Wilson se limitó a entregar fríamente la comunicación de los germanos a Foch. El presidente conocía perfectamente el significado de los mapas del frente de batalla (44).

El kaiser, en cambio, no parecía capaz de entender esos mapas, o no quería entenderlos. Guillermo, que pidió a los ingleses que fueran buenos perdedores y reconociesen que sus enemigos habían vencido, cuando tuvo lugar la Guerra de los Boers, se aferraba ahora a su corona y a sus lamentables esperanzas, mientras crecía la perspectiva del desastre. El 27 de octubre, Ludendorff renunció y fue sustituido por el general Wilhelm von Gröner. El 3 de noviembre, al ordenarse a la flota de Kiel que llevara a cabo una incursión contra los británicos para vencer o morir, los marinos se amotinaron. Cuatro días después estalló la revolución en Munich, y el príncipe Max de Baden, el nuevo canciller, aconsejó a Guillermo que renunciase al trono, como única esperanza de salvar la monarquía. El kaiser se marchó a Spa, y en un arrebato final de soberbia, recordó a Gröner, quien también le pedía que renunciara, que no olvidase el juramento de lealtad del ejército hacia el Más Alto. Con acento pesaroso, el general repuso: «*Der Fahneneid ist jetzt nur eine Idee.*» («El juramento de lealtad ya es sólo una fantasía».) (45). A pesar de todo, el príncipe Max anunció la abdicación del soberano. Mientras tanto, Philipp Scheidemann, un ex impresor que había llegado a la jefa-

tura de los socialdemócratas —el celo del SPD por la guerra había mermado notablemente—, proclamó una república en Berlín. Ya una comisión alemana de armisticio, dirigida por el jefe de los centristas católicos, estaba recibiendo instrucciones emitidas desde la torre Eiffel, en que les decían las trincheras a las que debían acercarse, y dónde podían hallar a los guías que les condujeran hasta el vagón de ferrocarril de Foch, situado en las cercanías de Compiègne. El 10 de noviembre, Hindenburg y Gröner manifestaron al emperador que no podían garantizarle la lealtad del ejército. Eso, y sólo eso, fue lo que decidió al fin a Guillermo. Sin preocuparse por ocultar su brazo lisiado bajo la capa, el emperador subió a su lujoso coche y huyó en dirección a Holanda.

A las cinco de la madrugada siguiente, los emisarios alemanes firmaron los términos de rendición dictados por Foch. Se dio el alto el fuego seis horas más tarde, y en el momento en que la cima de las colinas se teñía con las primeras luces del día, las motocicletas recorrieron el frente de un lado para otro, divulgando la noticia. Después de las diez, por las trincheras se sucedieron las detonaciones, ya que todo el mundo quería ser el último en disparar. Pero los ojos estaban clavados en un millón de relojes, hasta que al fin, cuando las manecillas casi se unieron arriba, reinó un profundo silencio. Este duró sólo un instante, y al momento se oyeron vítores atronadores en ambos bandos. Los generales podían regatear sobre palabras o frases, pero los soldados sabían que aquello era más que un armisticio; era el final de la guerra, el fin de todas las guerras, y se había producido, según advirtieron los artículos de los periódicos, a las once horas del día 11 del undécimo mes.

Sin embargo, por una vez los generales tuvieron razón. Sólo iba a ser una larga tregua, y no la paz. Había presagios para aquellos que supieran leerlos. Los campanarios que Edith Wharton oyó resonar alegremente llamándose de un extremo a otro de París, también pudieron haber tocado a difuntos por un ejército francés roto en espíritu y abandonado a políticos tales como André Maginot. Algo había muerto en Francia, del mismo modo que algo había nacido en Rusia. Esa misma mañana, mientras los cohetes de la victoria ascendían ingenuamente sobre el cielo de la recién conquistada Argonne, las tropas bolcheviques montaron una ofensiva contra cinco mil soldados americanos que habían sido neciamente llevados a Arcángel, en la esperanza de salvar a un aliado perdido. Los votantes norteamericanos acababan de desacreditar a Woodrow Wilson al torpedear su Liga de Naciones y confirmar los temores de Winston Churchill, el cual se preguntaba, mientras desde una ventana de Londres oía dar al Big Ben las campanadas de las once, si el mundo volvería a la anarquía internacional (46).

Volvería, en efecto; pero ya no sería la misma anarquía. Una época había llegado a su final. La puerta de la historia se cerraba ante príncipes, potentados, mariscales cubiertos de entorchados y pequeños y vistosos ejércitos regulares; ante toda la elegancia y vanidad que caracterizó aquel mundo disciplinado y seguro. Los sonrientes muchachos americanos que dejaban ya sus fusiles a un lado y repartían cigarrillos, tal vez no lo sabían; los nuevos congresistas que hallaron al llegar a su país sin duda lo ignoraban, y más aún las multitudes delirantes de Times Square, de los Campos Elíseos y de los alrededores del Palacio de Buckingham, si bien los ingleses tuvieron como una premonición: mientras cubrían su cielo de cohetes y confeti, el horizonte se oscureció de improviso. Luego comenzó a llover con fuerza. Algunos de los que celebraban el acontecimiento treparon a los brazos de la estatua de la reina Victoria, pero después de arrebujarse allí unos pocos minutos, descen-

dieron. Habían encontrado poca protección, y menos comodidad. Los brazos estaban fríos como el hielo (47).

En el interior de Alemania, los sentimientos eran encontrados. Los solitarios, los hambrientos, las clases obreras, todos aquellos que habían sido convencidos por los socialdemócratas y que admiraron el arrojo de Karl Liebknecht, se sintieron inmensamente aliviados. Pero a los que las privaciones no habían afectado, se hallaban sumamente inquietos. La clase media, ardientemente nacionalista, había esperado cuatro años para triunfar. Ahora se veía enfrentada con la derrota. El regusto de ésta era amargo, y para muchos millones de personas resultaba insoportable. Ya había comenzado la búsqueda de cabezas de turco, y todo parecía resolverse fácilmente cuando los civiles que firmaron el tratado de paz fueron bautizados como «criminales de noviembre». Al cabo de pocos meses, los dos generales alemanes que habían tenido el mando durante el derrumbe en Francia iban a protagonizar un mito que moderaría la desbocada imaginación del país. Cuando cenaba una noche con el jefe de la misión británica en Berlín, Ludendorff se lamentó de que el Generalstab nunca estuvo apoyado debidamente por los civiles alemanes. «¿Quiere usted decir, general que fueron apuñalados por la espalda?», manifestó el oficial inglés. Ludendorff se estremeció visiblemente. «¿Apuñalados por la espalda? Sí, eso ocurrió, precisamente. Fuimos apuñalados por la espalda», repuso lleno de excitación. Informado acerca del diálogo, Hindenburg, olvidando sus propias exhortaciones para firmar el armisticio cuanto antes, declaró al país: «Como ha dicho con gran acierto un general inglés, el ejército alemán fue apuñalado por la espalda.» (48).

En un hospital militar de Pomerania, un cabo alemán, dos veces condecorado, que quedó ciego temporalmente durante un fuerte ataque con gases en la noche del 13 de octubre, se enteró de la capitulación de labios de un pastor protestante que sollozaba atribulado. El sacerdote alemán no podía hacerse a la idea de la rendición, y lo mismo le ocurría a Adolfo Hitler. El inválido cabo aún se sentía dispuesto a combatir; pero sabía que ya no habría más lucha. Seis años después, el futuro Führer describió sus propias reacciones. No podía dormir; se hallaba dominado por el odio contra aquellos a los que consideraba responsables de la traición:

> *«Elende und verkommene Verbrecher!... Mit den Juden gibt es kein Parieren, sondern nur das harte Entweder-Oder. Ich aber beschloss, Politiker zu werden.»*

> «¡Malditos y miserables criminales! ¿Qué era el dolor que sentía en los ojos ahora, comparado con aquella miseria? Los días que siguieron fueron terribles, y peor aún las noches... En los días siguientes me di cuenta de mi destino... Con los judíos no se podía hacer trato alguno, sino tan sólo tomar una alternativa. Mi propio destino se me aparecía claramente. Resolví dedicarme a la política» (49).

Después de que Hitler hubo llegado a su apogeo, Krupp solía declarar sobre la Primera Guerra Mundial:

> *«Es blieb oberster Grundsatz von ersten Tage des Krieges an, dass die Inhaber des Unternehmens am Kriege kein Geld verdienen wollten.»*

> «Era un principio básico, que databa del día en que la guerra había estallado, el que los dueños del negocio no tenían deseos de hacer dinero con el mismo» (50).

Al Führer le gustaba oír aquello. Pero eran necedades; los archivos de la firma indicaban lo contrario. La naturaleza del compromiso de un hombre hacia el conflicto puede ser juzgado por su reacción ante la calamidad de comienzos de noviembre, y ahí que el comportamiento de Gustav resultaba revelador. Guillermo huyó cuando se dio cuenta de que ya no podía seguir siendo kaiser; Hitler sintióse invadido por un deseo de venganza, y Krupp se mostró anonadado cuando Berlín canceló todos los contratos y suspendió los pagos al Konzern. Eso ocurrió el 8 de noviembre, cuando la comisión alemana del armisticio se encaminó hacia las líneas francesas. Fue un violento golpe, y no sólo porque se hallaba en juego el dinero. Krupp era el único sostén de los habitantes de su imperio industrial. Sólo en Essen la Gusstahlfabrik sostenía a 105.000 familias. Gustav telegrafió a Berlín, preguntando lo que podía hacer con ellos. La respuesta fue exasperante: el nuevo Gobierno le dijo que no podía despedir a ninguno de sus obreros. Krupp debía mantenerlo ocupados «de un modo u otro» *(irgendwie)* (51).

Según Haux hizo notar secamente, los socialdemócratas que ahora gobernaban en la capital, poseían escasos conocimientos de economía. Para tener ocupada a la gente era indispensable pagarles, y eso no podía hacerse si el único cliente de Krupp no suministraba los fondos. De nuevo se intercambiaron telegramas. Los comunicados resultaron infructuosos, por lo que Gustav decidió cerrar las fábricas. Los turnos que llegaron a trabajar en la mañana del 9 de noviembre, descubrieron que no se abrían las puertas de los talleres. Las prensas, engranajes, cintas transportadoras y martillos pilones quedaron inmóviles. Por vez primera en su historia, la Gussttahlfabrik se hallaba en silencio. A primeras horas de esa misma tarde, una fuerte tormenta barrió el manto de humo que había siempre encima de la ciudad. El cielo aclaró rápidamente, dejando a Essen bañado en una luz solar totalmente desusada. Aquella luminosidad tuvo un efecto inesperado en la gente. Los hombres bajaron la mirada y se estremecieron (52).

Al día siguiente, una gran multitud se reunió en torno a la Hauptbahnhof. Se había corrido el rumor de que los capataces iban a organizar una manifestación, y los trabajadores, no teniendo nada que hacer, se encaminaron hacia la estación. Allí no había capataces, sino tan sólo oradores del SPD, y también unos pocos militantes de la extrema izquierda que agitaban jubilosos sus banderas rojas. Los Kruppianer escucharon los discursos, se interesaron cuando los más conocidos de entre ellos se erigieron en sus portavoces, y luego la discusión se generalizó. Mientras tanto, en Villa Hügel aguardaba Gustav impasible. Tenía informadores en el lugar de la reunión, que le enviarían mensajes si ocurría algo serio. Al fin llegó la primera noticia. Se trataba de un asunto grave. El espectro que había perseguido a Alfred *der Grosse* se hallaba de nuevo presente en Essen, e iba adquiriendo una forma amenazante. Anticipándose al inminente regreso de sus hermanos e hijos, que todavía estaban en Francia, los trabajadores formaban *Arbeiter-und Soldatenräte,* consejos proletarios calcados de los que habían tenido tanto éxito en Rusia el año anterior. En realidad, se estaba hablando ya de una revolución alemana (53).